

Lo que no cuentan los
libros de historia

Yair Padilla Miranda

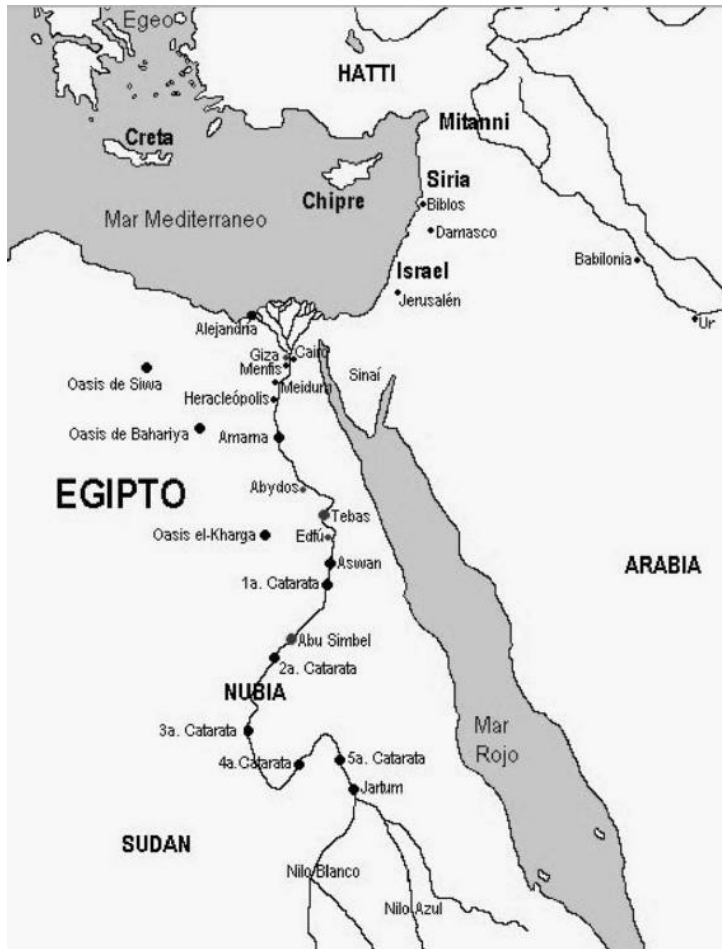
K E M E T

KEMET

Yair Padilla Miranda

Kemet

Egipto desde tiempos antiguos ha sido gobernado por sus grandes faraones, quienes eran la cabeza del gran imperio, dueños del poder absoluto. Tradicionalmente, el trono estaba destinado al varón de la familia real, sin embargo, pocas mujeres tuvieron el honor de ocupar el trono. Tausert la quinta y última reina-faraón de la dinastía XIX. Descendiente de los múltiples hijos de Ramsés II, por cuyas venas no corría sangre real, logra ascender y tomar las riendas del poder en un periodo de anarquía y caos. El futuro está en sus manos, y sin importar cuantos se revelen contra ella, sacará el imperio adelante.



PRIMERA PARTE

Prólogo

Frías gotas de lluvia caían en la tierra de aquel lugar en el que todo era caos, el sol se escondía entre las grandes montañas dando paso a la oscuridad que poco a poco se hacía más densa y el frío penetraba hasta los huesos. Miles de soldados cabalgaban entre los cuerpos sin vida que yacían en el barro, el fuego que lo consumía todo a su paso iluminaba su camino. Aquel hombre imponente, aún con la sangre fresca en su rostro levantaba su espada en señal de victoria.

—Los príncipes están postrados, diciendo ¡clemencia!
Ninguno alza su cabeza a lo largo de los nueve Arcos. Libia está desolada, Hatti está pacificada, Canaán está despojada de todo lo que tenía malo, Ascalón está deportada, Gezer está tomada, Yanoam parece como si no hubiese existido jamás, Israel está derribado y yermo, no tiene semilla. Siria se ha convertido en una viuda para Egipto. ¡Todas las tierras están unidas, están pacificadas!
Petrie y Spiegelberg.

El faraón de la dinastía XIX de Egipto Merenptah, orgulloso por sus grandes victorias en las extensas campañas militares que había tenido a lo largo de su gobierno, y finalmente había logrado la victoria contra los libios.

Capítulo 1

1203 a.C

La noche fría y oscura llegó a su fin llevándose consigo la vida del gran faraón Merenptah. Sethy se mostraba fuerte ante la gran pérdida de su padre, estaba de pie orándoles a los dioses. Una mujer de mirada fuerte y penetrante lo acompañaba, su presencia se hacía sentir, aunque su rostro mostraba una gran calma, por dentro estaba gritando y llorando de dolor. Isis-Nefert II esposa del gran Merenptah, sufría en silencio, el amor que toda su vida la unió a él ahora había sido cortado por la despiadada muerte. Su tiempo llegó, la muerte toca a la puerta cuando ya se ha culminado la hora de estar en este mundo.

Ella se acercó a su hijo, lo abrazó fuertemente y luego de unos segundos tomó su rostro mirándolo a los ojos.

—Hijo mío, de ahora en más inicia tu reinado, serás un gran faraón, al igual que tu padre —expresó con gran nostalgia.

—Espero que ya estés lista para regresar a la capital. Ya ordené para que prepararan todo.

—Tausert no vino con nosotros, prefirió quedarse en Menfis.

—Bien. Me encargaré de mandarla a llamar en el momento adecuado,

yo iré adelante. Regresa a Menfis, te veré pronto madre.

—Que los sagrados dioses cuiden tu camino hijo mío.

Sethy tomó su caballo para marcharse hacia su destino, el trono lo esperaba. Muchos soldados marcharon con él hacia la capital. Su madre, su esposa y sus hermanos iniciarían el viaje días después de que Sethy fuera declarado faraón.

Tebas.

Con la muerte de Merenptah todo Egipto se había convertido en un caos. Una gran caravana se adentraba en la ciudad de Tebas, los habitantes salieron a las calles, la multitud se aglomeró en el palacio mientras se hacía más intenso el sonido de los cascos de los caballos. Todos gritaban “*se aproxima nuestro futuro faraón*” Cada vez era más fuerte. Finalmente, la caravana se detuvo. Los soldados iniciaron a abrir paso entre la multitud, un hombre joven pasaba por en medio de ellos mirando a las personas que se encontraban allí reunidas. Al llegar a la entrada se abrieron las grandes puertas. Tenía en sus manos un papiro, uno de los guardias lo tomó y lo analizó detalladamente, luego de unos segundos se arrodillaron frente a él. Sus ojos y su rostro resplandecían, el orgullo se apoderó de él en ese momento, sus pies comenzaron a moverse hacia dentro, eran unas pisadas fuertes, incluso los que estaban arrodillados sintieron un leve temblor debajo de ellos. Al entrar todos los que venían con él, las puertas se cerraron a sus espaldas, por un instante gobernó el silencio, pero tiempo después la desesperación se hizo sentir entre la gente y gritaban llenos de ira. Exigían la presencia del faraón.

—Príncipe el pueblo lo espera —Expresó uno de los soldados allí presentes.

—No quiero hacerlos esperar más prepara todo estaré con ellos en unos segundos.

El líder de sus soldados se acercó y lo detuvo un instante, este era un hombre alto y muy fuerte que por mucho tiempo ha estado al lado del príncipe Amenmeses hijo de Sethy.

—Perdone que lo interrumpa mi príncipe, pero le tengo malas noticias... su padre marcha hacia la capital para reclamar el trono.

—Demasiado tarde supongo. Quiero que envíes a tus hombres y quiero que esté muerto antes de que llegue a la capital.

—Señor...

La mano de Amenmeses se alzó en el aire y luego la dirigió al cuello de Isép, apretando con mucha fuerza. El color rojo comenzó apoderarse de su rostro y pronto sintió la falta de aire.

—Mi padre tiene que estar muerto antes de que pueda llegar a Pi-Ramsés.

El soldado se liberó del agarre y cayó al piso, intentó tomar un poco de aire y levantó su rostro para responder.

—Su padre estará muerto antes de que llegue a la capital.

Amenmeses le dio la espalda y luego caminó en dirección a la salida. Las grandes puertas se abrieron de nuevo mientras algunos soldados salían primero.

— ¡Oh! Gran pueblo de Tebas. Sepan todos que nuestro príncipe Sethy ha muerto. Los dioses han escuchado nuestras suplicas para que nuestro gran imperio retome nuevamente el orden y hoy tenemos aquí presente al gran Amenmeses; el sucesor del faraón Merenptah —Habló el sumo sacerdote mientras observaba a la multitud.

Todos alzaban sus manos y gritaban histéricos. El nombre de Amenmeses se posó en la boca de todos, dando inicio al gobierno del quinto faraón de la Dinastía XIX de Egipto.

Menfis.

Todos reciben en el palacio a la reina Madre, esperando buenas noticias. Impacientes en el pasillo principal aguardaban sus hijos acompañados por Tausert Merenmut la consorte del príncipe sethy. Su nombre significaba “La poderosa, amada de Mut” *“Mut la diosa madre de todo lo creado”*. Una mujer cuya belleza deslumbraba, no era una belleza común, tenía algo que la hacía única, era muy difícil describirla. Seguridad y fuerza reinaban en su interior. Había sido comprometida muy joven, solo había pasado pequeños momentos con el príncipe sethy.

—Reina madre ¿Qué noticias trae de nuestro príncipe? —interrogó Tausert llena de preocupación.

—Marchará hacia la capital y ha ordenado que nos preparemos. Después de que tome el trono iremos a su lado.

—Entonces iniciaré desde ahora a preparar mis cosas.

—Sí, es lo mejor. Debes estar al lado de mi hijo en este momento tan

crucial.

—Madre hay un asunto del cual debes enterarte —Jaemuset susurró esto en su oído luego de abrasarla.

—Tausert, ya debes marcharte a tus aposentos y alistar todo para cuando llegue la gran noticia.

—Como usted diga —hizo un gesto de reverencia para después irse.

Luego de que Tausert se fuera junto con los otros hijos de Nefert, Jaemuset dirigió su mirada clara hacia su madre, permitiéndole ver que algo no se encontraba bien. Ambos se miraron por un instante, el cual pareció eterno.

— ¿Qué es ese asunto tan importante que tienes para decirme?

No podía soportar más aquella intriga.

—Madre han llegado malas noticias de la capital —Soltó aquello sin pensárselo dos veces.

—Dime de una vez todo lo que sabes y no me hagas perder la paciencia.

—Alguien ha usurpado el lugar de mi hermano en el trono.

La noticia impactó tanto a Nefert que sentía su cuerpo desmallar, un escalofrío la recorrió por completo y su corazón pareció dejar de latir. *¿Cómo era aquello posible?* Se preguntó a sí misma.

— ¿Estás completamente seguro de lo que dices? —Preguntó esperando que fuera una mala broma por parte de su hijo.

—Si no lo estuviera no te lo diría —y fueron aquellas palabras las que confirmaron todo, que no se trataba de una broma, que era real y que a partir de ese momento grandes problemas se avecinarían.

— Quiero saber ¿Quién se atrevería a hacer eso? Y ¿Cómo es posible que el Clero lo haya permitido?

—No solo el Clero si no también el pueblo. El usurpador pronto marchará hacia la capital.

—Tenemos que informarle esto de inmediato a tu hermano.

—Claro madre, yo mismo iré y le informaré personalmente.

— ¿Estás loco? Si algo malo llegase a ocurrir, los dioses no lo permitan, debes estar preparado para detener esto.

—Pero madre...

—Ya he hablado, de ninguna forma irás. Manda a uno de los mensajeros y esperaremos la respuesta de nuestro príncipe.

Tebas.

Tebas se encontraba de fiesta, todos se hallaban felices, las calles eran un total alboroto. Amenmeses había declarado tres días de celebración. Por su cabeza no pasaba la idea de gobernar en Pi-Ramsés, si todo salía de acuerdo a lo planeado se quedaría en Tebas y expandiría la noticia por todo Egipto. Su palacio estaba lleno por las figuras más importantes de Tebas, quienes lo habían acompañado y habían brindado su apoyo para que todo aquello se diera.

Bellas jóvenes danzaban a su alrededor mientras el reposaba y comía frutas frescas. Una de ellas se acercó con suaves movimientos. Su mirada atrevida se cruzó con la de él. Amenmeses tiró de su brazo el cual era muy delgado y la posó entre sus piernas.

— ¿Cuál es tu nombre?

—Tajat, mi señor —ésta respondió un poco tímida.

—Mírame a los ojos cuando te hable —dijo tomando su rostro fuertemente y con la mano que tenía libre cogió una uva del canasto a su derecha para introducirla lentamente en la boca de la joven.

—Bien Tajat, esta noche te quedarás conmigo.

Tajat se puso de pie y con una reverencia se dirigió hacia la habitación del príncipe.

Isép apareció de repente cruzando la sala, inclinó su cabeza al estar en frente de Amenmeses, el cual lo miró un poco sorprendido. Su fuerte mirada lo tomaba por completo queriendo descifrar algo antes de que pronunciara palabra alguna.

—Mi señor, finalmente hemos logrado acabar con el príncipe Sethy, ha sido derrotado a las afueras de Pi-Ramsés.

—Buen trabajo, y ¿Dónde está su cadáver?

—Señor, ha sido enviado a Menfis.

—Así qué actúas por tu propia voluntad. ¡Quiero su cadáver ahora mismo!

Su cuerpo temblaba de la ira, sus puños se cerraron y se endurecieron como un par de rocas, sus ojos destellaban un sin números de sentimientos. Todos en el lugar lo notaron y guardaron silencio.

—Más te vale que hayas hecho todo bien, de lo contrario, Pondré mi espada en tu cuello y luego me encargaré de colgar tu cuerpo putrefacto para que los buitres y las moscas se alimenten de él.

Capítulo 2

Menfis.

Jaemuset hundido en sus pensamientos se hallaba meditando en el balcón de sus aposentos. Su vista estaba perdida entre las incontables nubes que se movían lentamente en el cielo.

El sol de la tarde se encontraba calmado y la brisa fresca pasaba por su rostro sintiendo cada vello de su piel moverse en sintonía con el viento. Se preguntaba qué clase de vida se encontraba al otro lado de las grandes pirámides. De momento vino a su mente la imagen de su padre, dedicado al imperio y a su familia.

Un gran alboroto hizo que regresara a la realidad, logrando ver como un grupo de soldados se aproximaban al palacio. Los gritos se esparcieron por cada rincón de la ciudad, todos corrieron desesperados por refugiarse en

un lugar seguro.

—Príncipe, perdone molestarlo, pero tenemos problemas —dijo un guardia que se acercaba hacia él.

—Me doy cuenta de ello. ¿Qué es lo que sucede?

—La ciudad está siendo atacada. Solo dé la orden y los soldados irán a detener esto.

—Encárguese de todo —expresó aquellas palabras con profunda tranquilidad.

Pronto el palacio entero estaba en movimiento, guardias y esclavos corrían de un lugar a otro, algunos no tenían idea de lo que ocurría, murmuraban unos con otros. Seyma esclava de Tausert caminaba con gran cuidado por los estrechos pasillos, tenía en sus manos una enorme bandeja de oro repleta de muchas frutas. No quería tropezar ya que si echaba a perder las frutas frescas su castigo sería severo. Aunque su ama no era tan cruel con ella, en varias ocasiones había pasado por alto muchos de sus desastres.

Seyma era una esclava recién traída al palacio, no estaba acostumbrada a servir a mujeres de la realeza. Desde pequeña había trabajado con su padre en el campo. Una tarde llegaron a su casa un grupo de hombres. Llevaban consigo otras mujeres; recuerda el triste rostro de su padre, pero que más podía hacer, tenía que obedecer y entregar a su única hija; a cambio, él recibió unas cuantas monedas y desde entonces no ha vuelto a verlo. Dos esclavas más venían apresuradas por aquel pasillo, era tan estrecho que no podría esquivarlas.

— ¡Oigan deténganse! —Gritó con todas sus fuerzas.

— ¿Seyma? —Las dos esclavas se detuvieron justo en frente de ella y luego de un pequeño silencio ambas soltaron una gran carcajada. —Seyma, lo sentimos. Con todo eso que traes no podíamos ver tu rostro —dijeron sin aguantar nuevamente la risa.

—Muy gracias. Correr en los pasillos está prohibido. ¿No ven que puede ocurrir un accidente?

—Lo sabemos, pero en este momento eso no se puede aplicar. Nos han ordenado que busquemos a nuestros amos y que nos refugiemos.

— ¿Refugiarnos? —Preguntó sorprendida.

— ¿No te has enterado? Menfis está siendo atacado por un gran grupo de soldados, aún no saben de donde son, he escuchado rumores de que su objetivo es el palacio, dicen que vienen a matar a toda la descendencia de nuestro fallecido faraón Merenptah. También se rumorea que un usurpador ha

tomado el trono, lo más probable es que todo esto sea obra de él.

— ¿Estás segura de todo lo que dices Aneish? —Aún no podía creer tal cosa.

—Yo que tú no pierdo el tiempo. Ve a esconderte con tu ama, ya sabes lo que pasa con las esclavas cuando los soldados toman un palacio. Con aquellas palabras, escalofríos se instalaron por todo su cuerpo. Pasó por en medio de ellas con mucho cuidado y apresuró su paso. Tenía que llegar cuanto antes a los aposentos de Tausert.

En poco tiempo cientos de soldados rodearon el palacio, la noche cayó rápidamente, el ambiente se tornó pesado, pronto derrumbarían las puertas del palacio y atacarían a todos en el.

Tebas.

Tajat pasaba suavemente sus manos por todo su cuerpo adolorido y cansado después de que Amenmeses gozara de ella toda la tarde. Sus ojos no parpadeaban, pequeñas lagrimas se asomaban y rodaban hasta caer en la cama, poco a poco disminuía más y más su respiración. Deseaba que su vida terminara de una vez, pero su miedo a la muerte le impedía pensar en ello con gran facilidad. De momento unos brazos la enrollaron como serpientes queriendo asfixiar y devorar su presa, se sorprendió tanto que dejó salir un gran suspiro.

—Hermosa Tajat ¿Qué has hecho para que tu mirada se quede grabada en mi mente?

—Mi señor...

Aquellas palabras fueron cortadas por Amenmeses, quien puso su dedo índice en medio de los labios de ella, sintiendo su aliento salir y entrar muy apresurado, luego deslizó su mano hacia abajo lentamente haciendo presión en el vientre.

—Quiero que seas mi reina y vas a contemplar mis grandes victorias —susurró muy cerca de su oreja.

Un leve toque en la puerta hizo que Amenmeses la liberara de su agarre, un gesto de molestia se formó en su rostro; tomó una bata que se hallaba en el suelo y se dispuso para salir, topándose con la mirada de Isép. Los nervios se notaban a leguas ya que, con una de sus manos jugaba con el mango de su espada.

—Mi señor le tengo noticias que acaban de llegar desde Menfis.

—Espero que todo esté bien.

—Los soldados rodearon el palacio y pronto ya estarán dentro.

—Buen trabajo. Los quiero muertos a todos —expresó en medio de una leve sonrisa.

—Confío plenamente en que todo saldrá bien.

—Pronto la noticia se esparcirá por todo Egipto. Que cada familia lo sepa, yo soy su faraón, el imperio está en mis manos.

Menfis.

Tausert se hallaba descansando en sus aposentos, tres esclavas más estaban con ella; dos de ellas hacían masajes por sus brazos y piernas, la otra aplicaba esencias por todo su cuerpo. Todo se encontraba en absoluto silencio, pero no duró por mucho; sonidos de espadas chocando entre sí la sobresaltaron. Seyma apareció en la entrada un poco nerviosa, su mirada se dirigió hacia su ama.

—Ya era hora de que llegaras ¿Dónde te habías metido?

—Mi señora. El jefe de cocina se ha demorado en atenderme.

—Esas no son excusas... y ¿Qué sucede afuera? Oigo espadas.

—No quiero alarmarla, pero...

— ¡Habla de una vez!

—Hay rumores de que están atacando el palacio.

— ¿Cómo es eso posible? ¿Quién se atreve a hacer semejante cosa?

—Mi señora, permíteme por lo que diré. He oído que vienen a matar a toda la descendencia de nuestro fallecido faraón Merenptah y que un usurpador ha tomado el trono.

— ¿Un usurpador? —Esta vez Tausert no logró evitar reír—. No creas esas palabras. Nadie puede estar en el trono a excepción de mi esposo y su descendencia; tan solo han de ser soldados formando su propio alboroto por ahí, aunque para salir de dudas deseo que busques al príncipe Jaemuset y le digas que venga a verme.

—Como usted diga —expresó seguido de una reverencia.

En el momento que se dispuso a salir, varios soldados corrían por aquellos pasillos desenfrenadamente. Seyma, llena de temor dio pequeños pasos siguiendo con su mirada aquellos soldados. Al girar por el pasillo se encontró con una gran sorpresa, muchos soldados luchaban entre sí. Sus ojos se abrieron como un par de platos al momento en que uno de ellos fue

atravesado por una espada. Otro soldado dirigió su mirada hacia ella y corrió en su dirección. Su cuerpo no respondía, se encontraba totalmente paralizada.

—Los aposentos de la princesa Tausert ¿Dónde se encuentran? — Preguntó éste con gran agitación.

—Están... girando el pasillo —el miedo que invadía todo su cuerpo le impedía pensar con claridad. De repente su rostro fue salpicado por la sangre de aquel soldado, quien dejó escapar un profundo grito de dolor al ser atravesado por una espada. Inmediatamente, Seyma salió de su estado de parálisis y corrió de regreso; no pensó en nada más puesto que proteger a su ama. Al llegar ingresó tan rápido como su cuerpo le permitió, cerrando la puerta a sus espaldas.

—Seyma. ¿Qué ocurre? —Interrogó Tausert horrorizada al verla en tal estado

—Mi señora... El palacio está bajo ataque.

Capítulo 3

Menfis.

Aquel palacio con bellos jardines, donde la tranquilidad reinó, pasó a ser sometido por el pánico y la desesperación. Muchos esclavos corrían horrorizados, el olor a muerte era inminente, sangre de inocentes había sido derramada en aquellos pasillos. Isis-Nefert y sus hijos esperaban en los

pasadizos del palacio. Jaemuset ya había hecho una ruta de escape, pero, la impaciencia los azotó. Gritos tanto de soldados como de esclavos hacían eco por todo el lugar. La preocupación de Nefert se hizo mayor. Por un lado, su hijo sethy, quien aún seguía desaparecido y por otro no tenía noticias de Tausert, se suponía que no tardaría en llegar.

De repente todos allí se alarmaron al oír pasos que poco a poco se hacían más sonoros. Naneferkaptah apretó fuertemente su espada dispuesto a hacer lo necesario para salvar a su madre e Isis-Nefert abrazaba a su hijo Merenptah. El miedo se instalaba en ella, su rostro reflejaba miles de sentimientos, pero aunque todo parecía perdido tenía la esperanza puesta en los dioses.

—Madre... Madre —la voz esperanzadora de Jaemuset se hizo presente. —Gracias a los dioses se encuentran bien.

—Creí que mi hora había llegado —dijo ella aún con el corazón en su garganta—. Y ¿Tausert viene contigo?

—No. Pensé que estaba aquí.

— ¿Qué esperas? Que tus hombres la busquen. Yo no me iré hasta que la encuentren.

—Pero madre...

—No puedo creer que seas capaz de abandonar a la esposa de tu hermano.

—Es imposible regresar, madre; podrían descubrirnos. No pienso ponerlos en peligro.

—Ella es parte de nuestra familia.

—Madre. Escúchame bien; en estos momentos Tausert pudo haber sido capturada o asesinada.

—Que los dioses tengan piedad de ti —la decepción tocó su corazón. Sus ojos miraban a un hombre totalmente desconocido. ¿Cómo podría ser aquel despiadado su hijo? Aunque le doliera, tenía que pensar en el futuro del imperio.

Por última vez su mirada se posó a lo lejos, esperando una señal de Tausert. Todo había quedado en un gran silencio y Resignada giró hacia la salida.

Las puertas de la habitación finalmente fueron derribadas por los soldados, Quienes contemplaron a una mujer que se encontraba sentada en su cama.

—Princesa Tausert. Es un honor conocerla —dijo uno de los soldados con aire burlón, se acercó lentamente hacia ella hasta tomarla y ponerla de pie.

— ¿Que desean? —Expresó llena de serenidad.

—Yo digo que primero la tomemos entre todos y después la degollemos —dijo otro soldado.

—Es una lástima ya que nuestro faraón ha pedido que terminemos con todos, sin importar quien sea.

Una sonrisa se dibujó en ella aunque por dentro sufriera. Alzó su mirada y observó a cada uno detalladamente. Su corazón latía tan fuerte que sentía romper su pecho.

—Yo soy Tausert hija de la diosa Mut. La que no se doblega ante nadie, la amada del príncipe sethy. Soy el sol y...

Inmediatamente aquellas palabras quedaron en el aire. Una daga pasó lentamente por su cuello. La sangre no se hizo esperar, salió disparada, manchando todo a su paso. El cuerpo sin vida quedó extendido sobre su propio charco de sangre y los otros soldados que se encontraban en la entrada miraban con fascinación.

En cada pasillo se hallaban esclavos y soldados sin vida, unos atravesados por la espada, otros degollados y otros les hacían falta partes de su cuerpo. Seyma caminaba sigilosamente con una espada entre sus manos, apuntaba hacía el frente. El olor era tan intenso que Tausert no pudo aguantar para despejar su estómago. Nunca había visto tal cosa. El vestido que traía puesto se había manchado con cada paso que daba.

—Majestad ¿Está bien?

—Seyma, tenemos horas de estar caminando y aún no encontramos los pasadizos ¿Crees que estoy bien?

—Sé que no estamos lejos. Resista un poco por favor.

—Estaremos en serios problemas si algún soldado nos llegara a encontrar.

Las dos siguieron avanzando por aquel pasillo. Ambas se encontraban exhaustas, llevaban toda la noche buscando los pasadizos. Había un punto intermedio que estaba totalmente oscuro.

Tausert retrocedió un poco quería cerciorarse por ella misma de que nadie las siguiera; desde que abandonaron los aposentos había sentido que alguien las observaba. Sus ojos no podían ver más allá de la esquina que doblaba hacia el otro pasillo. Muchas ideas vinieron a su mente *¿Podría haber alguien escondido detrás de*

esas paredes? Después de pensarlo bien, tomó coraje desde su interior y retomó su caminar. Sus manos temblaban un poco, pero estaba lista para encontrarse con lo que estuviera allí, estaba a poca distancia de la esquina. Por última vez lo volvió a pensar. Pegó su espalda contra la pared y se deslizó por ella suavemente. Rápidamente quedó de frente con el otro pasillo; su grito alarmó a Seyma, quien corrió aún con la espada bien sujeta.

— ¡Mi señora! —gritó con gran preocupación.

—Lo siento, solo quería escapar al igual que ustedes —dijo un joven esclavo lleno de nervios.

—Me he llevado un gran susto; pensé que eras un soldado —reprochó Tausert.

—Princesa ¿Qué parte de “no se aparte de mí” no entendió?

— ¿Princesa? —dijo el esclavo para sí mismo.

—Soy la princesa Tausert. Te prometo que te daré una buena recompensa si nos llevas hacia los pasadizos.

— ¿Se dirigían hacia allá? Vamos no estamos lejos.

Tebas.

La mañana llegó fugaz. Muchas personas viajaron a Tebas que aún se encontraba de fiesta. Las calles estaban llenas por la multitud. Eran días sin normas y sin reglas. Todo el comercio se había detenido. El palacio de Amenmeses fue rodeado por muchos soldados, miles de personas se aglomeraron en la entrada. El día más esperado había llegado. Amenmeses vestía una túnica en lino muy llamativa con muchos adornos, portaba en su mano derecha un gran cetro y sobre su cabeza se posaba la gran corona. Marcaba cada paso con gran seguridad. Sentía sostener en sus manos el mudo entero. El sol iluminaba su rostro, sus ojos tardaron un poco en acostumbrarse a la intensidad de la luz.

Miles gritaban su nombre. Toda su vida había esperado ese maravilloso momento. Su madre, primera esposa de Sethy. Hizo lo necesario para que su hijo tomase el trono. Después de que Tausert se convirtiera en la esposa real, decidió abandonarlo todo e irse. Así que escapó a Tebas. La ciudad le abrió sus puertas y su hijo logró tener una buena educación, convirtiéndose en un gran funcionario. Logrando posicionarse como quinto faraón de la dinastía XIX.

—Mi nombre es Amenmeses, engendrado por el dios Amón. ¡Oh!

Pueblo de Egipto. Yo soy su Faraón, eterno como Ra, elegido de Ra, yo soy Menmira setepenra el grande. Egipto no vera Faraón alguno comparado a mí, porque yo haré que todo el mundo tiemble ante mi presencia.

La multitud aclamaba su nombre, los soldados chocaban sus espadas contra sus armaduras. La ciudad entera contemplaba aquel hombre; no cualquiera. El rey de todo Egipto.

Menfis.

— ¿Cuál es tu nombre? —Preguntó Tausert curiosa.

—Mi nombre es Atmahar.

—Tengo que agradecer por tu ayuda; admito que sin ti no hubiéramos hallado los pasadizos.

—No tiene nada que agradecer. Mi deber es ayudarla.

—Te prometo que si llegamos a Pi-Ramsés, pediré tu libertad.

—Majestad, sus palabras me llenan de alegría. Aunque... Mi familia fue asesinada, no tengo a donde ir.

Seyma apareció de repente en aquella vieja casa en la que se hallaban escondidos. Su apariencia no era buena, estaba muy agitada y el miedo recorría cada parte de su cuerpo.

—Los dioses no están de nuestro lado —Expresó con gran dificultad para respirar.

—Como te atreves a decir eso. ¿A caso te vieron?

—Mi señora no ha sido mi culpa...

Soldado tras soldado entraban por aquella puerta. Un solo error podría costarle mucho.

Capítulo 4

Menfis.

Su corazón desbordaba de alegría. Una gota de esperanza, una voz de aliento para ella. Nada podía cambiar ese maravilloso momento porque, aunque todo se encontraba en tinieblas y parecía que su fin se acercaba, la luz de un nuevo amanecer la inundó por completo; su amado estaba allí. Juntos chocaron en un fuerte abrazo como cuando el agua agitada choca contra las rocas. Sethy se encontraba con vida, estaba allí para ella. Tausert dirigió sus manos hacía su rostro, necesita palparlo, necesita saber que no era un sueño, que todo lo malo que había ocurrido ya no tenía importancia en ese instante. Tan solo con que los dos estuvieran nuevamente juntos, bastaba para que su cuerpo olvidara toda esa pesadilla.

—Creí que jamás volvería a verte. Estaba preparada para reunirme con Osiris.

—Tausert, mi princesa de ojos claros, mi amada. Yo no lo permitiría.

—El palacio fue tomado por sorpresa. Por poco y no estaría aquí, pero clamé a los dioses y ellos me han respondido.

— ¿Dónde están mi madre y mis hermanos?

—Me abandonaron y se marcharon. De no haber sido por la ayuda de estos esclavos me habrían matado.

—Quise llegar a tiempo, pero no pude. De regreso a Pi-Ramsés fuimos emboscados. Tus rezos me han librado de la muerte. Decidí permanecer un tiempo oculto para confundir a mi enemigo. Juro por los dioses que esto no quedara así, haré pagar al traidor, desmembraré su cuerpo poco a poco y finalmente pondré mi espada en su cuello.

— ¿Quién pudo haber hecho esto? —interrogó Tausert sin soltar su cuerpo.

—Aún no lo sé, pero lo averiguare cuando lleguemos a Pi-Ramsés.

Tebas.

Amenmeses gozaba de sus privilegios como faraón. Su decreto era estricto. Tebas celebraría su reinado y toda actividad comercial y productiva sería detenida. Las puertas de su palacio estaban abiertas para sus fieles seguidores quienes ingresaban y daban pequeños presentes. Se encontraba reposando en una gran estera. El sol era abrasador, penetraba en aquellos

muros haciendo sentir el lugar como un gran horno. Jaemter había sido nombrado visir del imperio por Amenmeses. Ambos mantenían un lazo mucho más fuerte que el de dos amigos.

Este caminaba lentamente contemplando cada esclava, muchas temblaban ante su mirada. No era un hombre atractivo, pero era imponente.

—Su majestad —expresó haciendo un gesto de reverencia.

—Jaemter. Siéntate y ponte cómodo —con su mano le hizo un gesto a una de las esclavas para que sirviera un poco de vino—. Y bien ¿Qué noticias me traes?

—Su orden de restaurar algunos templos ya fue ejecutada.

—Me alegra oírlo.

—También ya se han iniciado las construcciones de sus estatuas para el gran templo de Amón.

—Quiero que se apresuren y terminen todo cuanto antes, aún hay muchas cosas por hacer. Pero dime. ¿Qué comenta mi pueblo?

—Le desean un gran reinado, aunque la ciudad está entrando en caos. Los agricultores dicen que es necesario que la ciudad regrese a sus actividades sino queremos tener problemas con los cultivos, además algunos escribas le recomiendan que Tebas inicie cuanto antes con sus labores.

—Te hice mi visir para que te encargues de todo, ahora no deseo que me molestes con eso. Que la ciudad detenga las festividades si es necesario. También quiero que envíes un mensaje a Isép.

—Como usted ordene su majestad.

Jaemter Asintió ante su pedido. Al marcharse su mirada se topó con Tajat. Sus ojos se perdían entre sus pechos, pues aquel vestido ceñido completamente a su cuerpo los remarcaba sobre manera. Ella logró notar su mirada, una mirada fuerte que la hacía sentirse indefensa ante una gran fiera a punto de devorársela.

—Nuestro señor está ocupado en estos momentos —dijo él sin perder la concentración en ella.

—Mi señor me ha llamado.

Bajó su mirada tratando de ocultarla de Jaemter. Otras esclavas hablaban acerca de esa mirada, que con solo corresponder aquella acción firmabas tu sentencia. No había nadie que pudiera impedir lo que sucedería después. Aquel hombre no descansaría hasta obtener lo que deseaba; muchas esclavas habían sido testigo. Se apresuró en llegar hasta el lugar en el que se encontraba Amenmeses.

—Majestad. Su humilde servidora se ha alegrado al saber que usted me ha llamado nuevamente.

—Mi querida Tajat. Tengo algo muy importante que decirte y no puedo esperar más. A partir de ahora serás mi esposa.

—No creo ser digna para usted, mi señor.

—Eres demasiado valiosa para mí, no te imaginas cuánto. Tú serás la reina de Egipto junto conmigo y tendremos muchos hijos los cuales después de mi muerte continuarán con la dinastía. Esta noche haré una gran celebración.

Pi-Ramsés.

El hecho de pensar que su hijo podría haber muerto invadía los pensamientos de Isis-Nefert. Los rumores se habían esparcido rápidamente por todo Egipto. Ahora el imperio se encontraba en manos de su posible nieto. Egipto a manos de un usurpador, a manos de alguien que no era digno.

—Madre has estado todo el día encerrada en tus aposentos.

— ¿Tienes el descaro de hablarme después de lo que hiciste?

—Los dioses saben que era lo mejor. En este mismo instante estarían embalsamando nuestros cuerpos y siendo llevados al valle de los reyes, destinados a que nuestros nombres se olviden con el tiempo.

—Jaemuset. Por tu culpa ahora tendré que cargar con esto. Ruego a los dioses para que perdonen mis culpas.

—Esas palabras son crueles para ti misma. Ambos sabemos que por grandes años has reinado como se debe, lo que crees que son tus culpas es una simple ilusión, aunque hablen de lo dura que pudiste ser en el pasado fue porque no tuviste opción. Debajo de todo aquello se encuentra una mujer con un gran corazón.

—Hijo mío, por eso me duele ver que cometas mis mismos errores. No puedes lanzar a las personas que te rodean al fuego simplemente por sacar a delante tu propia salvación; a veces es necesario lanzarte al fuego para iluminar el camino tuyo y de quienes te aman, aun si las llamas te consumen y fracasas.

—Tomaré en cuenta tus sabias palabras, madre. He mandado soldados a Menfis.

—Ahora es tarde, las llamas nos han consumido por completo y no sabremos si lograremos levantarnos de nuestras propias cenizas.

Tebas.

Tajat. Adornada por un vestido dorado, un sin número de joyas y una corona sobre su cabeza. Caminaba por el sendero de la felicidad. Las grandes figuras políticas de Tebas rodeaban aquel salón. La reina de Egipto estaba delante de sus ojos, más bella que nunca.

—Mi reina. Tajat, hermosa como la diosa Hathor. Todos verán nuestra grandeza. ¡Oh amada mía! ¿Qué has hecho para que Egipto se encuentre doblegado ante ti? Porque tus ojos me han hechizado y me han hecho esclavo de tu cuerpo. Que Amón proteja tu sendero.

Capítulo 5

Pi-Ramsés

La llegada de Sethy al palacio produjo una gran alegría a Isis-Nefert, no solo a ella, la ciudad entera se regocijaba por ello. Las puertas del gran palacio se abrieron y un sendero de antorchas alumbraba el lugar. Tausert miraba a todos con una gran desconfianza; su mente divagó entre sus recuerdos, sintió como su piel se erizaba al traer a ella nuevamente las imágenes de aquella noche, podía escuchar los gritos desesperados, podía sentir la sangre fresca en los pasillos. Un fuerte abrazo la trajo de vuelta, tardó unos segundos para recomponerse y responder de igual forma a la madre reina.

—Tausert. Mi alma descansa al saber que te encuentras bien, los dioses han escuchado mis plegarias —luego se dirigió hacia sethy y lo tomó

entre sus manos—. Hijo mío. Mis días se hacían eternos sin ti, mi ka había dejado mi cuerpo, pero ahora, la luz de un nuevo amanecer pone fin a mis noches oscuras.

—Sigo de pie por la voluntad de los dioses. Nada ni nadie puede atreverse a cambiar eso —dijo acercando la frente de su madre a sus labios. Luego observó minuciosamente cada hombre y mujer allí presentes, su gente, y posando su mano en la parte superior del trono expresó—. ¡Pueblo de Egipto! La sangre de inocentes ha sido derramada, sus voces suplican venganza. Yo soy su único rey, sucesor del faraón Merenptah, soy su dios en la tierra y juro que le quitaré la gloria al usurpador que trató de arrebatarme el trono.

Los gritos hacían eco, las manos se alzaron con voz de júbilo. Sethy por fin reclamó lo que era suyo, lo que le pertenecía por derecho y actuaría como el faraón que era. Tausert se puso a su lado contemplando la multitud. Una leve sonrisa se dibujó en su rostro, su pecho subía y bajaba conforme respiraba.

— ¡Que los dioses le den una larga vida a nuestro faraón! —gritó con todo su aliento.

Tebas

Un Isép muy preocupado caminaba de prisa por los pasillos. El general nunca había experimentado tal sensación, ni en sus batallas cuando su vida colgaba de un delicado hilo. Su corazón estaba a punto de salir por su boca. *¿Esta sería mi última noche?* Se repetía a sí mismo una y otra vez. No había nada más vergonzoso que morir sin honor.

Amenmeses se encontraba en el balcón de sus aposentos. La oscuridad lo cubría por completo, solo se podía ver su silueta. El crujir de la puerta no lo perturbó ni un poco, los pasos de Isép se escuchaban entre aquel fino piso. El frío se coló entre sus huesos y suaves gotas de sudor rodaban por su rostro, aquel lugar era tan tétrico, sentía estar en aquellas tumbas del Valle de los Reyes.

—Majestad —expresó decidido a enfrentar su futuro.

—Mira que noche tan vacía es esta, ni las estrellas han decidido acompañar a la luna; así como cada uno de los que creía leales, pronto me abandonarán.

—Tebas está con usted mi señor. Cada uno de sus soldados está

dispuesto a morir por...

— ¡Calla de una buena vez! Tus palabras no tienen ningún valor para mí.

—Mi señor, le juro que hice lo que pude.

— ¿Lo que pudiste? No lo creo. Te pedí solo una cosa y me has fallado ¿Sabes lo que mereces?

Amenmeses estaba luchando por controlar su enfado.

—Lo sé. Asumo mi culpa, pero... no merezco morir de esa forma.

—Al menos te ahorraré la vergüenza de que tus hombres te vean morir.

—Mi señor perdóneme. Prometo que lo defenderé de la furia de su padre —dijo suplicante, arrojándose a sus pies.

—Quiero que me acompañes.

Isép alzó su vista comprobando que ya nada podía cambiar. Ambos salieron de la habitación y se dirigieron hacia los jardines del palacio. Isép miraba con gran detenimiento cada rincón oscuro. No había soldados allí, no estaban ni los guardias reales. Pronto llegaron a una gran jaula.

—Isép. Sé que no fue tu culpa. Hay tantas cosas en las cuales no quiero pensar ahora. Esta tarde me han traído un gran regalo ¿Te gusta?

—Majestad es un gran y hermoso león. También he traído un presente para usted, pediré que lo pongan aquí.

—Entremos. Quiero darle de comer.

—Es muy peligroso mi señor —su cuerpo se encontraba paralizado.

—Descuida. Está encadenado, no podrá hacernos nada.

Amenmeses le hizo seña con su mano para que ingresara. A un lado se encontraba un saco; Isép lo tomó y de su interior sacó un gran pedazo de carne. Temeroso se acercó un poco más al animal y estiró su mano para depositarlo en un recipiente.

—Mi señor que hermoso es —Expresó casi hipnotizado por el animal.

—Está tan hambriento. Tiene tantos días sin comer que no sé si eso lo llenará por completo.

Al girar observó la reja cerrarse. La luz de una antorcha iluminaba el lugar. Dos hombres se encontraban al otro extremo a fuera de ella junto con Amenmeses, quien optó por soltar la cadena que estaba sujeta a uno de los barrotes. Su cuerpo se paralizó al instante ante aquel feroz animal, el terror le impedía siquiera gritar. Terminando así su vida en un parpadear.

1200 a.C

—Su majestad, todo está listo. En unos minutos iniciará la fiesta de Opet.

—Sumo sacerdote quiero hablarle un momento.

—¿Se encuentra muy nervioso? Lo he notado en su mirada.

—Esta noche tuve un sueño ¿Podría decirme su significado?

—Lo escucho.

—En aquel sueño me encontraba reposando en mis aposentos, todo estaba muy tranquilo. Gozaba de ese silencio, pero pronto sentí una gota fría caer en mi rostro. Abrí mis ojos y gota tras gota caían sobre todo mi cuerpo, eran gotas de sangre las que lo inundaban todo.

—Mi señor no tiene nada que temer. Pues la sangre es un gran signo de vitalidad y de fuerza —expresó el sumo sacerdote con una gran sonrisa.

Amenmeses lo miró dudoso después de aquella respuesta. No podía permitir que su pueblo lo viera de aquella forma, atemorizado. Ha permanecido en el trono por varios años *¿Qué malo podría ocurrir ahora?* Pensó. Tebas se preparaba para la fiesta de Opet en honor al dios Amón. Todos esperaban la salida del faraón, quien iría a visitar el templo de Karnak. Había mucho movimiento en todo el palacio, se encontraba lleno por los sacerdotes que lo acompañarían.

Tajat estaba en sus aposentos, varias esclavas la ayudaban con sus accesorios. Una última acomodaba su peluca y luego colocó la corona real. El metal frente a ella reflejaba su imagen un poco distorsionada, pero notaba su gran belleza.

—Rajha, acomoda mi corona un poco más.

La esclava tomó delicadamente la corona y la deslizó aguantando la respiración, de tal modo que no moviera la peluca. Tajat le regaló una pequeña sonrisa la cual se borró al instante al ver a Baktwerel en sus aposentos.

—¿Qué haces aquí?

—El faraón pidió nuestra presencia, en unos momentos iniciará la fiesta de Opet.

—¿Quién dijo que nos acompañarás? Yo soy la única reina y su esposa real. Tú solo eres la hija de un escriba, que se metió en la cama del faraón.

—Tajat. Que necia eres, al igual que tú soy su esposa y pronto seré

proclamada reina cuando le dé un heredero al faraón.

— ¡Lárgate inmediatamente de mis aposentos!

—Tu felicidad terminará dentro de poco —continuó la mujer en un tono burlón.

—Pero cómo osas hablarle así a tu reina; eres una desvergonzada.

La ira le impidió continuar con palabras peores, deseaba tanto hacerla pequeña ante ella y despojarla de todo.

—Me retiro. No quiero llegar tarde y enfrentar la furia del faraón —dijo abandonando los aposentos.

—Rajha ve tras ella, no quiero verla en la fiesta de Opet, deseo que hagas todo lo necesario. Veremos si el faraón no le borra esa sonrisa con su furia al regresar del templo —le ordenó echándole una última ojeada a su reflejo.

Las esclavas la acompañaron hasta la salida de sus aposentos, luego Tajat se apresuró para llegar a tiempo sin estropear su atuendo. El silencio invadió el lugar, la voz de las esclavas se hacía más bajo, sus ojos giraban de un lado a otro, no deseaba ver nuevamente a Baktwerel. Mientras camina puso sus manos sobre su vientre, pronto le daría buenas noticias al faraón y además ya tendría ventaja sobre la segunda esposa de Amenmeses, Nadie podría quitarle su lugar en el palacio, el heredero de la dinastía se formaba dentro de ella. En su mente lo imaginaba detalladamente; un faraón fuerte como su padre, que reinaría el norte y el sur de Egipto, su imperio se extendería más allá de las pirámides.

Se aproximaba a la gran salida en la cual esperaban los guardias reales. De repente un sonido la distrajo, gritos provenían de los pasillos, sus ojos captaron a varios esclavos corriendo hacia la salida, el caos inició y múltiples soldados se aproximaban atacando a cada guardia, esclavos y sacerdotes. Su instinto la obligó a correr, pero antes de que pudiera salir una espada atravesó su pecho, la tibia sangre se amontonó en su boca, liberándola con un desgarrador grito. La oscuridad la atrapó y una leve lágrima se deslizó por su rostro marcando su final.

Amenmeses se encontraba a unos pasos de ella, la ira lo invadió por completo y empuñando su espada corrió hacia allá; terminando con la vida de aquel que le había arrebatado a su amada. Sus rodillas se doblaron e impactaron contra el suelo, aquel amargo dolor tocó su corazón, las lágrimas eran inevitables.

Las grandes puertas se abrieron dejando ver a todos aquella situación.

Sethy estaba de pie frente a él, dirigiendo su mirada al cuerpo sin vida de la mujer y luego rodó hasta su hijo, le alegraba verlo nuevamente, deseaba que todo aquello fuera mentira, pero su ira le impedía continuar con aquel sentimiento.

—Así que eres tú el gran faraón de Egipto. Amenmeses. ¿Cómo te atreves a robar mi lugar? No solo hiciste eso, también intentaste matarme a mí y a mi familia.

—Tú no eres un faraón digno para este imperio —expresó aferrándose aún más al cuerpo de Tajat.

Sethy lo tomó del cuello y lo lanzó hacia los escalones de la entrada desenfundando su espada para terminar de una vez con todo aquello.

— ¡Tebas! Yo soy su único faraón, aquel que porta la corona real. Este hombre es un usurpador, la sangre de la dinastía no fluye por sus venas. Todo aquel que se revele contra mí tendrá el mismo final.

— ¡Que los dioses hagan descender su furia sobre ti, padre! —Gritó expulsando todo su dolor en el acto.

Estas fueron sus últimas palabras. Amenmeses instantáneamente fue atravesado por la espada de sethy.

Capítulo 6

El día se encontraba totalmente nublado, el viento hacía levantar los granos de tierra, formando pequeños remolinos. Miles de soldados exhaustos marchaban hacia el Valle de los Reyes llevando consigo el sarcófago que contenía el cadáver de Amenmeses. Jaemter había logrado robarlo horas después de que Sethy se marchara de Tebas. Su postura era serena frente a la situación, pero jamás se perdonaría haberlo dejado morir, por haber estado allí, perplejo ante aquella situación. Baktwerel clavó sus uñas en las piernas de Jaemter, el dolor agudo lo exaltó por completo.

—Detengámonos un momento —le dijo a uno de los esclavos que cargaban el palanquín, quien obedeció inmediatamente.

Los esclavos cargaban con ellos desde el palacio y no habían tenido ni un momento de descanso, sus hombros cansados se despellejaban poco a poco producto del calor y el sudor.

— ¿Podrías darme un momento? —preguntó ella casi suplicante.

—Baktwerel debiste haberte quedado en el palacio.

— ¿Para qué me asesinaran como a Tajat? Ya nada es seguro, aún siento el terror que invadió mi cuerpo en ese instante.

—Yo te protegeré, ahora no tienes nada que temer.

— ¿Protegerme? ¡Lo dejaste morir!

—Amenmeses ya sabía cuál era su destino en el momento que decidió robarle el trono a su padre —Expresó fastidiado por el calor.

—El faraón te matará y luego terminará conmigo.

—Por el momento no creo que intente hacer nada. Sethy no tiene ni la menor idea de esto, no te preocupes.

Pi-Ramsés.

La noticia ya había llegado a Pi-Ramsés. Un trozo de papiro con pocos jeroglíficos se encontraba en el suelo a pocos pasos de Jaemuaset, quien jugaba un poco con su brazaletes. Sus dedos estaban en movimiento, pero el resto de su cuerpo estaba inmóvil.

— ¿Te preocupa algo?

Aquella voz suave se hizo presente; Tausert se acomodó en el borde de la mesa, mirándolo cautelosamente.

—Ahora no tengo tiempo para ti.

—Por lo que veo estás feliz de que tu hermano haya logrado arrebatarte el trono al usurpador.

—No tienes derecho a entrar aquí si yo no lo permito —dijo molesto, tan solo su presencia le causaba desagrado.

—Creo que muchas veces olvidas quién soy.

— ¿A qué viene todo esto?

—La noche en que atacaron el palacio de Menfis ¿Por qué me abandonaste?

—No te abandoné. Envié a uno de mis hombres para que te encontrara y te llevará a los pasadizos; al parecer nunca llegó.

—No me engañes, ni te engañes a ti mismo. No es ningún secreto la obsesión que tienes por el poder y que envidias a tu hermano, lo puedo ver en tu mirada.

—Quiero que salgas de mi vista en este instante.

—No te acostumbres mucho a estar aquí, tu lugar es en Menfis.

—Ya veremos quien tendrá que irse de este palacio, bien sabemos que los dioses han enviado su furia contra ti; aún no has podido darle un heredero

al faraón.

Tausert respiró profundo, sintiendo la sangre fluir intensamente entre sus venas. La situación se tornó un poco incómoda para ella. Hacía tan solo unos meses que había perdido a su primer bebé. Aquellas palabras la transportaron nuevamente a la mañana en que despertó cubierta de sangre.

—Sé que pronto le daré uno, tenlo por seguro —Una pequeña sonrisa deslumbró en su rostro.

Jaemuset la observaba marcharse con total ira, en el fondo le dolían aquellas palabras, no quería admitirlo. Desde muy niños la mayor atención era para su hermano; su padre le enseñaba a utilizar la espada, mientras que él pasaba horas y horas estudiando, casi nunca salía de sus aposentos. La cama sumergió su cuerpo, miraba fijamente el techo de aquella desolada habitación.

Las buenas noticias pasaron de boca en boca. Por muchos años el trono había estado dividido entre Amenmeses quien gobernó el sur del país y Sethy quien esperó pacientemente el día de su victoria. Isis-Nefert, arrodillada en una estera, dirigía oraciones de agradecimientos a la diosa Bastet. Las noches llenas de angustia habían llegado a su fin. La avanzada edad de Nefert le impedía darse el lujo de permanecer sin hacer nada con respecto a la situación del imperio, cada tarde dirigía sus plegarias a los dioses y cantaba para ellos. Sus fuerzas habían desaparecido, varias esclavas le servían y sus esfuerzos no fueron en vano, los dioses le habían obsequiado la victoria para su hijo.

—Mi reina ¿Desea que le traiga algo de cenar? —La voz de Osahar su esclava, hizo eco en aquella recámara donde solo había un gran altar con la figura de la diosa Bastet en piedra.

—Prepara mis aposentos. También quiero que avises a mis príncipes y a Tausert para cenar todos juntos.

La esclava asintió y se marchó; apresuraba su paso para ir directamente a la cocina. Los cocineros reales se encontraban agitados, esclavas entraban y salían con bandejas de comida, postres y frutas. Se aproximó al jefe de cocina, quien le regaló una encantadora sonrisa al verla.

—Osahar ¿Qué desea nuestra reina?

—Mi reina desea que preparen la cena y la lleven a sus aposentos, cenará con sus hijos... ¿Para quién es todo esto? —Preguntó señalando a las esclavas que salían.

—La reina Tausert ha preparado una fiesta... es por la victoria de

nuestro faraón.

—Tsekani no la llames así. La única que merece ser llamada de tal forma en este palacio es su majestad la reina Isis-Nefert; Tausert ni un hijo ha podido darle al faraón.

—Su majestad la reina Tausert desea más vino —Seyma ingresó a la cocina, sosteniendo en una de sus manos una manzana casi terminada. Se sobresaltó un poco al ver la esclava de Isis-Nefert, quien arrugó el rostro en señal de desagrado.

—Dile a tu ama que no hay más vino y que detenga la celebración inmediatamente —expresó Osahar disfrutando aquel momento.

—El príncipe Naneferkaptah se encuentra con ella.

— ¿Y eso qué? Te lo diré solo una vez y más vale que lo hagas de inmediato. Estas son ordenes de mi señora. Ve a informarles que ella los quiere en sus aposentos para la cena —dijo dándole la espalda y luego se dirigió hacia Tsekani—. ¿Me has entendido?

Este la miró con molestia e inmediatamente retomó su trabajo. Aunque Osahar era una esclava que fue dada como presente para Isis-Nefert quien se convirtió en su preferida. Su estatus era mayor que el de las demás; al ser la mano derecha de Nefert, todos le obedecían, sabían que cuestionarla a ella sería cuestionar a la reina ya que la mayoría de las órdenes provenían de ella.

Isis-Nefert se concentró en mantener el orden en el palacio, empezando por los esclavos hasta los altos cargos. Su esposo confiaba plenamente en ella, la hacía partícipe de las conferencias que tenía con escribas, sacerdotes y funcionarios del imperio.

Jaemuset se presentó en los aposentos de su madre antes que los demás, la noche sería un poco calurosa igual que las anteriores. Varias esclavas se hallaban de pie alrededor de la mesa sosteniendo en sus manos un gran abanico de plumas. Ella le regaló una dulce sonrisa al verlo y lo recibió con un cálido abrazo.

—Hijo mío que los dioses te bendigan siempre.

—Igual a ti madre —dijo correspondiendo su abrazo—. Mi hermana Merenese ha enviado a un mensajero, pronto vendrá a visitarnos.

—Eso me hace realmente feliz, debemos preparar su llegada.

—Yo me encargaré de todo, no tienes por qué preocuparte.

—Madre... —Naneferkaptah se aproximó llevando sujeta del brazo a Tausert—. ¿Todo está en orden? —Interrogó con gran espontaneidad.

—Descuida mi príncipe. Esta noche cenaremos todos juntos; la mesa está preparada —extendió su mano mostrándoles el gran banquete.

Isis-Nefert II, hija de Isis-Nefrt y de Ramsés II. Unida en matrimonio con su hermano Merenptah para mantener la sangre pura de su dinastía. Su nombre al igual que su madre significa Isis la bella, una mujer que dedicó largos años de su vida para que sus descendientes fueran dignos del imperio.

Aquella noche agradable, contempló por última vez a cada uno de sus hijos. Horas después su corazón se detuvo, emprendiendo así el camino a la vida eterna, donde estaría para siempre junto a Osiris.

Capítulo 7

Pi-Ramsés.

—Mi señora el faraón ha llegado al palacio.

Las palabras de Seyma la inundaron de alegría; Sethy estaría de nuevo a su lado y esta vez sería para siempre.

—Jaemuset tendrá que darle muchas explicaciones al faraón —expresó más para sí misma aún sumergida en sus pensamientos—. Dime ¿Cómo está todo?

—Pareciera que el palacio entero fue atrapado por la tristeza. La pérdida de la madre reina ha sido devastadora, los príncipes lloran en sus aposentos muy desconsolados y de todos el príncipe Merenptah es el más afectado.

—Para mí es igual de duro. A veces pienso todo el tiempo en esto, el tener que enfrentarme a mi juicio. Con frecuencia lo visualizo... mi corazón en la balanza.

—Mi reina. Tiene que ser fuerte, aleje todo pensamiento negativo de su mente —Seyma tomó su mano para transmitirle calma.

—Iré a ver a mi esposo, después visitaré al príncipe Merenptah.

Sethy se aproximaba a los aposentos de su hermano lleno de ira, de dolor, un dolor que lo ahogaba, sentía su sangre hervir, las lágrimas desbordaban por sus ojos. Su corazón estaba herido por una flecha, que poco a poco se clavaba más. Se culpaba por no haber estado allí en ese momento crucial.

Su madre había partido hacia la vida eterna y él no pudo estar con ella, allí sujetando su mano y haberle dicho cuanto la amaba. Las palmas de sus manos impactaron contra la madera, abriendo de par en par las dos puertas.

Sus miradas se cruzaron, lo que uno sentía, lo sentía el otro. Ambos se encontraban frente a frente sin decir palabra alguna. Jaemuset se acercó temeroso y decidido se lanzó hacia él, atrapándolo entre sus brazos.

— ¿Cómo es posible que esto esté pasando? —Susurró Sethy desconsolado y aun con la mirada fija en los ojos de su hermano.

—Es la voluntad de los dioses.

— ¿Por qué no me esperaste?

—Tu regreso era indefinido —Jaemuset dudó por un instante en aquella respuesta.

— ¡Hiciste la ceremonia sin mí! —Le reprochó lleno de ira, alejándolo de él—. Yo soy el faraón, tenías que haberme esperado o ¿Por qué no me avisaste que mi madre estaba enferma?

—Ni siquiera yo lo sabía, aquella noche su rostro resplandecía. Aún lo recuerdo, compartimos con ella toda la noche.

—Me has decepcionado, fue una mala decisión dejarte a cargo del palacio. Deseo que te marches a Menfis.

—Pero... hermano.

—Espero que esta sea la última vez que haces algo sin mi consentimiento, créeme que no dudaría en castigarte de la manera que corresponde.

Jaemuset lo miró desconcertado, aquellas palabras eran demasiado fuertes, como miles de puñaladas. Si pudo matar a su propio hijo ¿Haría con él lo mismo?

—Mi señor —Tausert ingresó a los aposentos un poco apenada, su mirada apuntaba al suelo, escondiendo sus manos entre los pliegues del vestido para evitar que se notaran sus nervios, había escuchado parte de la

conversación, pero no se atrevió a intervenir. Sethy dio la vuelta para contemplarla, aquella voz lo tranquilizaba, ese simple sonido podía dominarlo por completo.

—Tausert, mi reina. Finalmente puedo volver a mirar tu bello rostro.

—Me he enterado que acabas de llegar y no pude esperar para verte.

—Quiero que te vayas a mis aposentos, luego hablaremos— dijo girando su rostro para ver de nuevo a su hermano.

—No es necesario, ustedes pueden hablar aquí, este es su palacio y estos son sus aposentos —Interrumpió Jaemuaset, luego bajó su cabeza para hacer una corta reverencia y marcharse al instante. Tausert lo siguió con la mirada al igual que el faraón. El silencio prevaleció por un instante, silencio que ella decidió romper.

—Mi señor, lo felicito por su gran victoria.

—Ha sido más fácil de lo que creí. Tebas tembló ante mi furia.

—Los dioses te han protegido, no sabes cuantas noches pasé en vela.

—Nunca te dejaré, no temas, porque nada malo puede pasarme. Yo soy Sethy, dios en la tierra —dijo mientras la tomaba entre sus brazos.

— ¿Qué harás ante la rebelión que ha iniciado?

—Paciencia mi reina. Egipto verá caer a todos aquellos que se revelen contra mí.

— ¿Eso incluye a tu propia sangre?

—Amenmeses no era de mi sangre, un traidor jamás podría ser de mi sangre. He mandado a destruir cada documento, cada estatua y todo lo que tenga que ver con él. Su nombre quedará eliminado de la historia, pero ya no quiero tocar más ese tema, deseo que te prepares para esta noche, me has hecho tanta falta.

Tausert no pudo retener la alegría que le produjo esas palabras, aquella era la oportunidad perfecta, lo que había estado esperando.

Nubia.

Baktwerel jugueteaba ansiosa con los mechones de su cabello, los pocos rayos de sol que quedaban, penetraban en su piel. Baktwerel y Jaemter habían buscado refugio en la ciudad de Nubia, el virrey Rashidi los invitó para que se quedaran y nada malo les pasara. Las órdenes de Sethy era que encontraran a la segunda esposa y al visir para ejecutarlos, no solo a ellos, también a todo aquel que estuvo involucrado con el usurpador.

—Jaemter —Expresó Baktwerel arrastrando cada palabra, producto de su aburrimiento.

— ¿Qué sucede? —Le respondió intentando conciliar el sueño

—No creo que estar aquí sea lo mejor.

—Si quieres ser degollada, adelante eres libre de seguir tu camino.

—Es que no entiendo ¿Por qué no nos quedamos en Tebas? Podrías haber formado un ejército que nos defendiera, además tenemos a los sacerdotes y grandes funcionarios de nuestro lado.

—Eso no es posible. El ejército de Sethy es mayor y no creo que ellos quieran desobedecer sus órdenes.

—Pero yo deseo regresar —dijo suplicante.

—Y yo deseo que me dejes dormir.

—Ya lo he pensado. Podemos casarnos y puedes convertirte en el futuro rey —expresó acercándose a la cama en la que descansaba Jaemter.

—Ni tú misma puedes creer esas palabras.

—No todo está perdido. Aún tenemos la antorcha que esparcirá las llamas sobre el faraón Sethy.

— ¿Enserio? —Cuestionó un poco confundido.

—Estoy embarazada.

Jaemter dirigió su mano hacia la boca de ella cortando sus palabras al instante.

— ¿Desde hace cuánto? —Esta vez sus ojos la miraron a profundidad intentando descubrir que no se tratara de una broma.

—Hace unas semanas me he enterado.

— ¿Quién te revisó?

—Me estas poniendo nerviosa con tantas preguntas —dijo dándole la espalda.

—Escúchame muy bien, no quiero que nadie más se entere de esto; yo hallaré la forma de que podamos regresar a Tebas. Muchos nos apoyarán.

—Visir. Mi señor desea que ambos estén esta noche en la pequeña cena que se realizará en honor a su llegada —expresó un esclavo ingresando a los aposentos.

Baktwerel intentó canalizar sus nervios para que el esclavo no sospechara nada malo. Decidió ponerse de pie, arreglando las pequeñas arrugas que se formaron en su vestido. —Infórmale a Rashidi que dentro de unos minutos estaremos con él.

Pi-Ramsés.

Jaemuaset se encontraba en los aposentos de su hermano el príncipe Merenptah. Le narraba las hazañas de su abuelo, el faraón Ramsés II o como era llamado. Ramsés el grande, quien perseveró en la batalla de Qadesh por su gran espíritu de victoria. Su ejército sucumbía ante el enemigo, el rojo de la sangre lo cubría todo, los pocos soldados que le quedaban, pronto caerían ante la espada del enemigo, se armó del mejor escudo que un buen soldado puede tener y es la confianza en sí mismo.

— ¿Qué sucedió luego? —Preguntó Merenptah lleno de curiosidad.

—Muchos soldados lo rodeaban y cuando todo parecía perdido él clamó al dios Amón, dijo “*¡Yo te invoco, oh, padre mío, Amón! Heme aquí en medio de pueblos numerosos y desconocidos para mí, todas las naciones se han reunido contra mí y estoy solo*” Los soldados que le quedaban se contagiaron de su valor y decidieron pelear hasta la muerte. El faraón logró la victoria y cada soldado lo felicitaba, decían “*¡Oh Ramsés, corazón inquebrantable, has hecho más tú solo que el ejército entero! ¡Ante tu espada victoriosa se ha hundido el país de los Khetis! ¡Nadie se te parece cuando peleas por tu pueblo en el día de la batalla!*”

— ¿Crees que yo pueda llegar a ser un gran guerrero como él?

—No lo dudo. Por eso te digo que desde ya tienes que ponerte esa armadura y sin importar cuantas tormentas azoten tu corazón, trata de perseverar.

Dos toques en la puerta de los aposentos, interrumpieron la plática. Jaemuaset hizo un gesto de molestia. Tausert ingresó trayendo entre sus manos un obsequio.

—Príncipe. Me he enterado que estaba un poco enfermo y vine a visitarlo.

—Tausert. Mi hermano no está enfermo y esta es la segunda vez que ingresas sin haberte dado el permiso para hacerlo.

—Hermano. Por favor, no es para tanto —le reprochó Merenptah acomodándose para recibir lo que ésta traía.

—Príncipe, sé cuáles son las penas que agobian su corazón. Por eso le he traído este presente donde puede apuntarlo todo y así desahogarse. Además, como sé que le gusta escribir poemas decidí que esto era lo indicado.

Tausert le hizo entrega del presente, pero de inmediato Jaemuaset

tomó su mano y la llevó a fuera de los aposentos.

— ¿Qué intentas hacer? —La interrogó con gran seriedad.

—Príncipe yo solo...

—Quiero pedirte que mientras yo esté aquí, tengas más respeto; pronto me iré. ¿Feliz? Lo has logrado.

— ¿No lo entiendo mi príncipe?

—Ya supe que fuiste tú quien le mandó el mensaje a mi hermano ¿Por qué no me dijiste que vendría inmediatamente?

—Yo solo hice lo que era correcto o ¿pretendías enterrar a su madre sin que lo supiera?

—Tausert, te has involucrado mucho en asuntos que no te conciernen. Ten en cuenta cuál es tu lugar.

—Yo soy tu reina, a la cual debes respeto y obediencia.

—Tal vez lo seas porque eres la esposa del faraón, pero tú no perteneces a nuestra sangre. Aunque no sea yo rey, dentro de mí sí fluye sangre real.

—Tú eres un traidor que ha querido entregar a su hermano. ¿No es verdad que mantuviste estrecha relación con el usurpador?

— ¿Cómo te atreves a decir semejante estupidez?

—No miento. En mi poder tengo los mensajes que él te enviaba. Sabías que lo atacarían y aun así no le informaste de todo eso al faraón.

— ¡Cómo osas entrar en mis aposentos y registrar mis cosas!

—Aquí lo que importa mi príncipe es lo que has hecho.

—Lo que hice fue por nuestra dinastía, intenté convencerlo de que no lo hiciera.

—No te creo.

—Ya estoy cansado de ti. Quiero que me devuelvas lo que me pertenece.

—No lo voy a hacer, por lo menos sabiendo esto, no intentarás nada en contra de mi esposo.

—Te has pasado del límite y no lo toleraré —dijo lleno de ira, deseaba tomar su delicado cuello y estranglarla. Tausert manteniendo una postura firme lo desafiaba con la mirada.

Capítulo 8

Nubia.

Los cuerpos de las esclavas casi desnudos fulguraban en aquel patio repleto por soldados de mayor reputación y grandes aristócratas de la ciudad de Nubia. Rashidi gozaba del buen ambiente; el virrey era famoso por su amabilidad con aquellos que lo visitaban, preparaba las mejores fiestas de recibimiento. Las esclavas danzaban al ritmo de la música, sus movimientos coordinados hipnotizaban a los soldados que, cansados por sus entrenamientos, asistían para relajarse. Los únicos que podían gozar de aquellos privilegios eran los soldados de mayor rango y los generales.

—Majestad le agradezco por su generosidad —expresó Jaemter.

—No es necesario que lo digas, visir me honra con su visita ¿Dónde está Baktwerel?

—El viaje la ha dejado un poco cansada, por eso decidió quedarse en sus aposentos y descansar.

—No hay problema, además debe estar devastada con la muerte de nuestro faraón —dijo con un poco de nostalgia.

—La reina desea regresar a Tebas. Nuestra gente nos necesita.

Para Jaemter era muy difícil decirlo, pues Rashidi le había abierto las

puertas de su palacio y su recibimiento fue más que bueno.

— ¿Creen que podrán regresar a salvo? Sethy ha esparcido espías por todo Egipto, en un parpadeo sus cabezas estarán colgadas, adornado su bello palacio.

—Lo dudo. El faraón caerá y su dinastía permanecerá en el olvido — dijo lleno seguridad.

—Me gusta tu manera de pensar, pero. ¿Puedes superar el número de sus hombres? —Interrogó muy atento a su respuesta.

—Tebas está con nosotros.

— ¿Tebas? Ellos no pueden hacer nada, por ahora.

— ¿A qué te refieres?

—Cuento con más de cinco mil soldados y lo que deseo es muy simple.

—Sabía que tanta muestra de generosidad no era por nada —dijo con molestia y más por haber aceptado refugiarse en aquel lugar.

—Solo pido que dejes en mi poder la capital.

—Que inteligente eres Rashidi.

— Pi-Ramsés no es nada comparado a Tebas. Debes ser inteligente Jaemter, el tiempo se agota y tenemos que aprovechar la brecha que ha causado el faraón entre su pueblo.

Pi-Ramsés.

Sethy se encontraba agotado, sus ojos apuntaban perdidos hacia el suelo, el calor era insoportable a pesar de que sus dos esclavos agitaban los grandes abanicos velozmente. Las gotas de sudor rodaban por su rostro, las voces allí presentes eran como un pequeño zumbido de abejas para sus oídos. La sección del concejo había iniciado esa misma tarde a petición del sumo sacerdote Asim. Esas dos horas fueron eternas para él, las malas noticias eran cada vez más *“Si el faraón no es lo suficiente fuerte para llevar sobre sus hombros al pueblo, el imperio caerá junto con él”* Las palabras de su padre se repetían una y otra vez en su cabeza.

— ¡Su majestad! —La voz del general Hondo lo alteró por completo y su cuerpo un poco nervioso buscaba la calma de nuevo.

—Mi señor ¿Se encuentra bien? —Preguntó el sumo sacerdote acercándose preocupado.

—La reunión ha finalizado, mañana continuaremos —expresó Sethy

aún perdido en su mente.

—Pero mi señor, todavía no me dice que haremos contra los que no quieren pagar los tributos.

—Sumo sacerdote, dije mañana continuaremos.

—Como usted diga majestad, pero piénselo, debemos mantener a los dioses satisfechos.

—General Hondo ¿Hay noticias del señor Bay?

—Ha respondido a su solicitud y está en camino.

—Deseo que se me informe cuando llegue al palacio. Por lo pronto queda concluida la reunión —dijo retirándose de la sala a toda prisa.

Una mujer de carácter fuerte transitaba por el pasillo principal del palacio, su mirada fría despertaba curiosidad entre los esclavos que laboraban allí. Su larga cabellera se agitaba con el fuerte caminar. Corona, anillos y demás joyas adornaban su piel pálida. Tausert se hallaba de pie al final del pasillo, otorgándole una pequeña sonrisa como signo de bienvenida.

—Merenese es un honor tenerla nuevamente en nuestro palacio —expresó en cuanto la tuvo cerca.

—Creí que mi hermano vendría a recibirme.

—Él está ocupado en una reunión.

—Tausert, el tiempo no te ha cambiado en nada.

—Gracias por tal halago. Creo que el viaje la ha dejado cansada.

—Para nada —Expresó Merenese irritada ante aquella conversación que lo único que le producía era aburrimiento.

—Acompáñeme, la llevaré a sus aposentos.

—Primero iré a ver a mi hermano —ya no sabía qué más hacer para que la plática terminara.

—Como diga; yo voy con usted.

—Se lo agradezco Tausert, pero no es necesario —dijo inclinando su cabeza en señal de reverencia, pero más que aquello, le causaba gracia verla esforzándose por estar a la altura de tal cargo y que le faltaba mucho para llegar a ser una como muchas de las grandes mujeres que gobernaron Egipto al lado de sus esposos.

Su sombra se perdió al doblar el pasillo junto con tres esclavas que la acompañaban. La sonrisa de Tausert se desbarató en un santiamén dando paso al desconcierto.

—Seyma es innegable que ella no ha olvidado nuestro pequeño problema del pasado.

Ésta la miró con el amargo disgusto que le había causado aquel encuentro.

—Mi señora. Debe hacer todo lo posible por arreglar las cosas con la princesa Merenese.

—Eso es lo que intento, pero ella se rehúsa. Deseo que una de mis esclavas esté a su servicio y no olvides arreglar lo necesario para la celebración en honor a Merenese.

Sethy contemplaba la bella puesta de sol, las aves volaban a través de las nubes de color naranja. Sus pulmones anhelaban ese aire fresco puesto que, el ambiente en el palacio lo asfixiaba. Una mano cálida se posó en su espalda y luego se dirigió a sus mejillas haciéndole soltar una pequeña sonrisa.

—Hermano ya estoy aquí —esa voz irreconocible lo sorprendió al instante, girando su rostro hacia ella.

— ¿Merenese? —expresó aún sin poder creerlo. Abrió sus ojos lentamente y se dio la vuelta, llenándose cada vez más de alegría al contemplarla allí parada junto a él y sin pensarlo la acogió entre sus brazos. —Mi bella hermana, lamento todo lo que ha pasado. Nuestra madre, el imperio.

—No se lamente más, usted es el faraón.

—De qué me sirve si no puedo tener nada bajo control.

—Debe tomar fuerzas y hacer lo que es mejor para este imperio. Nuestra madre siempre deseó que fueras un gran faraón.

— ¿Qué debería hacer? —Expresó sintiendo perderse a sí mismo.

—Un faraón debe ser temido por todos para que así, los traidores tiemblen ante su poder. Yo sugiero arrancar de raíz el problema.

—Todo el día lo he pensado, mi cabeza se encuentra bloqueada por tantas cosas.

—Hermano, estaré orando a los dioses para que iluminen tu mente.

—Gracias Merenese. ¿Tu esposo ha venido contigo?

—Sethnajt ha decidido quedarse.

—No es bueno que viajes sola; menos en estos tiempos.

—Lo más importante es que ya estoy aquí. Hermano me quedaré por poco tiempo, pero puedo ayudarte en lo que necesites —deseaba tanto poder estar allí para siempre y ser un gran apoyo para su hermano, pero nada podía hacer ante la decisión que tomó su padre en el pasado de enviarla a vivir lejos

de Pi-Ramsés, al lado de su esposo Sethnajt.

—Está bien; por el momento puedes ir a descansar.

Merenese asintió y se dispuso para marcharse, la melancolía la invadía por dentro; nunca antes había visto a su hermano de esa manera. Sethy tenía ahora una responsabilidad muy grande, una carga con la que no podía.

Cerró delicadamente las dos puertas de la habitación al igual que sus ojos y un nudo en su garganta la sofocaba. A lo lejos se oían risas y entre más se acercaba el sonido de la música se hacía más fuerte.

Su piel se tornó roja, sus labios se templaron. Esclavas bailaban y compartían de un gran banquete.

— ¿Qué está sucediendo aquí?! —Sentía tanta ira que sus palabras, salieron expulsadas a tal punto de dejar sus pulmones secos producto de esta misma.

—Princesa, esta es una celebración...

— ¿Mi madre no tiene de fallecida ni quince días y ya están celebrando?

—Tausert la ha preparado en su honor —intervino Seyma con voz nerviosa.

— ¿Así que ella es la promotora de todo esto? ¿Dónde está?

—Fue a ver a nuestro faraón.

—Que todo esto termine inmediatamente y regresen a sus labores —dijo retirándose.

Tausert recorría aquel pasillo alumbrado por pocas antorchas, Su corazón latía impulsivo. *Una reina que no puede darle herederos al faraón no es digna de él*, se repetía a sí misma. Un olor agradable llegó a sus fosas nasales, la habitación tenía poca iluminación, el incienso envolvía cada cosa allí.

La mirada dominante de Sethy la paralizó al instante, jamás lo deseó como lo hacía en ese momento. Un cálido beso erizó la piel de su cuello y cada prenda rodaba hasta llegar al suelo.

Los brazos poderosos de su amado la envolvieron por completo, convirtiéndola en esclava de su cuerpo. Su espalda se curvó al sentir los dedos suaves del faraón descender hasta llegar a sus glúteos, sus labios chocaron con ardiente pasión y pronto sus cuerpos desenfrenados marchaban a toda prisa, oleadas de éxtasis iban y venían. El placer penetrante los absorbía estremeciéndolos hasta más no poder.

Capítulo 9

Pi-Ramsés.

— ¿Cómo ha sido posible esto? —Cuestionó el general Hondo contemplando tres esclavas que yacían muertas en uno de los pasillos del palacio. El aro colorado en sus cuellos daba signos de estrangulamiento.

—Esto debemos informarlo de inmediato —dijo uno de los guardias que lo acompañaban.

—Lo que debemos hacer es encontrar a los responsables. Informa a los demás y que reúnan a todos los esclavos en el jardín.

Los guardias que lo seguían obedecieron de inmediato retirándose a toda prisa. Muchos esclavos ya se hallaban despiertos para iniciar sus labores del día; intrigados aguardaban a que les informaran la razón por la cual los habían reunido. Diez guardias custodiaban el jardín, el juego de miradas se hizo presente.

— ¡Hoy encontré los cadáveres de tres esclavas y quiero que los culpables salgan al frente ahora! —La voz del general Hondo hizo eco en el lugar.

Los esclavos se alarmaron ante esas palabras y el silencio nuevamente inundó el jardín.

— ¡Guardias enciérrenlos a todos! —Ordenó al no obtener respuestas.

El miedo se instaló en Seyma, pronto un soldado los azotaría hasta que sus espaldas sangraran y no podía hacer nada ante la situación, su ama no estaba allí para ayudarla.

— ¡No pueden hacer esto! —dijo enfrentándose al general, quien la miró con total enfado.

— ¿Sabes algo verdad?

—Yo no sé nada y no creo que ninguno lo sepa.

—No quiero escuchar más tu voz.

— ¡General Hondo! —Gritó Jaemuaset abriendo paso entre los guardias—. ¿Qué está ocurriendo aquí?

—Príncipe. He encontrado tres esclavas muertas, creo que ellos tienen algo que ver.

— ¿Por qué no me lo has informado antes de hacer semejante alboroto?

—Lo siento, pero no quería preocuparlo ni a usted ni al faraón — agachó la mirada ante sus palabras.

—Quiero que hagas lo que sea necesario para que el culpable salga a la luz y debes informarme a mí antes que al faraón.

—Como usted ordene —asintió ante su petición de manera discreta.

—Osahar vendrá conmigo.

—Príncipe yo también debo ir con usted —intervino Seyma esperanzada en que él la pudiera ayudar.

—Lo siento, solo Osahar viene conmigo.

—Yo soy la esclava de la reina.

—General Hondo —dijo Jaemuaset sin apartar los ojos de ella — inicie con esta esclava; tal vez tiene información.

Los ojos de Seyma se abrieron sorprendidos, el pánico la invadió por dentro, el solo pensar en lo que vendría la devastaba por completo.

Tebas.

Jaemter observaba la aglomeración de personas acumuladas a la entrada del palacio, quienes gritaban excitados al ver el profuso grupo de soldados que marchaban a sus espaldas. Las grandes puertas se dividieron

dándoles paso; Los caballos que tiraban del carro de guerra se detuvieron a pocos pasos de los escalones. El virrey observaba atónito el gentío; delante de ellos se encontraban los sacerdotes de Amón quienes impedían el paso de la multitud.

— ¡Tebas! ¡Hemos contemplado la eterna oscuridad que cubrió nuestro pueblo! —Profirió Jaemter subiendo los escalones de la gran plaza—. ¡Esa eterna oscuridad que nos azotó ha llegado a su fin! ¡Amón ha escuchado nuestras voces y ha hecho descender la ira contra el faraón Sethy! ¡Oh pueblo mío, juntos contemplaremos su caída!

Todos gritaban con voz de gozo, el caos se apoderó del lugar, las personas se estrujaban entre ellos. El virrey ingresó inmediatamente al palacio al igual que Baktwerel y Jaemter. Las puertas hicieron un pequeño estruendo detrás de ellos.

— ¿Rashidi has enviado el mensaje a Pi-Ramsés? — cuestionó Jaemter.

—La suerte ya está echada, confío en que mis hombres harán lo mejor —sus ojos brillaban y su rostro resplandecía por el solo hecho de imaginar el futuro que tendría el faraón.

— ¿Crees que ya están en el palacio? —preguntó Baktwerel aún sin poder creer lo que sucedía.

—Cariño ellos son ágiles y en menos de un parpadeo, el faraón vislumbrará su final —respondió Rashidi degustando cada una de sus palabras.

—Ruego a los dioses para que obtengamos la victoria. Si todo sale a lo planeado, el final de la dinastía será un hecho y pronto llegará la nuestra — Baktwerel los miró intentando descubrir algo que iba más allá, algo llamado lealtad, aunque sabía que la confianza se había desvanecido. Ahora solo la sed de venganza y de poder los unía—. El viaje me ha dejado agotada, deseo descansar.

—Como quieras, pero debes estar lista para esta tarde —expresó Jaemter tomando su brazo con fuerza.

—Eso lo sé. Espero verte puntual, no quiero que la ceremonia tenga contratiempos.

Le molestaba lo diferente que era ahora; no entendía cómo pasó de ser su aliado a ser su enemigo.

Pi-Ramsés.

Algunos rayos de sol surcaban en la habitación de Sethy, sus ojos se abrieron lentamente, molestos ante la iluminación; los brazos de Tausert envolvían su vientre. Nunca había sentido tanta calma como la hacía en ese instante.

Una esclava ingresó repentinamente a la habitación, sonrojándose al contemplar al faraón y su cuerpo envuelto en aquella leve luz del sol; agachó la mirada para hacer reverencia en el instante que éste notó su presencia. Él inmediatamente tomó sus prendas de vestir que se hallaban cerca, tapando su cuerpo que aún estaba desnudo.

—Mujer ¿Por qué ingresas a mis aposentos sin mi autorización?

—Mi señor. No esperaba que todavía estuviera aquí.

—Regresa más tarde —ordenó en un tono de voz bajo, le preocupaba despertar a Tausert y que se preocupara por aquello tan insignificante.

La esclava obedeció al instante saliendo de los aposentos sin despegar la mirada del suelo. Sethy fue sometido y atrapado por la mirada de su esposa, quien se acomodaba en la cama llevando las rodillas al pecho, fluyendo la suave seda por todo su cuerpo. Cuanto deseaban que ese momento fuera eterno y que sus vidas no estuvieran encadenadas a un imperio.

—Majestad ¿podría quedarse un momento más? —Preguntó con una mirada suplicante.

—Mi reina. El imperio no puede esperar.

—Lo sé. Mi corazón sufre por cada segundo que estoy lejos de ti, mis noches son eternas y amargas.

— ¿Crees que para mí es fácil? Tausert, mi amada. Te pido paciencia, pronto esta tempestad por la que atravesamos cesará.

Tausert tomó su vestido que aún se encontraba en el suelo, luego abandonó los aposentos. Por más que fuera su esposa, sabía que no le pertenecía, la tristeza le perforaba cada vez más en su interior y no había nada que pudiera aliviar su dolor.

Al ingresar a sus aposentos se extrañó al notar que todo seguía igual, todavía permanecían desordenadas algunas cosas, también se percató de que los pasillos estaban deshabitados, solo algunos guardias transitaban por ellos.

— ¿Qué sucede hoy en el palacio? —interrogó a uno de ellos

—Majestad, todo está en orden.

— ¿Por qué las esclavas no están en sus labores?

—Los esclavos están siendo sometidos a revisión médica, no hay de qué preocuparse.

—Se supone que yo debería estar informada desde mucho antes. ¡Quiero que me digas inmediatamente qué sucede! —Expresó dudosa ante la serenidad del guardia.

—Lo siento majestad, pero no estoy autorizado para brindarle información.

— ¡¿Cómo osas cuestionar mi voluntad?! Es a la reina Tausert a quien tienes enfrente —no podía aguantar la ira que le producía ser ignorada como si solo fuera una mujer más del palacio.

—Le imploro que me perdone, no es que yo quiera cuestionar su voluntad mi señora; yo solo cumplo con mi trabajo.

El guardia hizo reverencia como si eso remediara el atrevimiento que había cometido. Las dudas eran aún mayores para ella, no podía explicarse lo que sucedía.

El general Hondo ingresó apresurado a los aposentos del faraón y éste lo miró sorprendido, intentando saber el motivo por el cual se encontraba tan exaltado.

—Mi señor... —Por fin optó por hablar, aunque su respiración agitada le impedía continuar.

—General Hondo ¿Qué ocurre?

—Majestad, el visir Jaemter se ha unido al virrey de Nubia.

—Pero ¿Cómo es posible esto? —Aquello fue como una puñalada más para él, los vínculos con Nubia eran buenos; por eso le sorprendía tan repentina noticia.

—Aún no sabemos de manera clara cuáles son sus intenciones.

—Me sorprende general que con sus años de experiencia no pueda imaginar lo que sucederá. Debemos terminar cuanto antes esta rebelión.

Las palabras de Sethy fueron disipadas por un estruendo que azotó la habitación, poniéndolos alerta de inmediato.

Capítulo 10

Pi-Ramsés.

Merenese perfilaba delicadamente sus párpados con Khol, su respiración era tan calmada que parecía no hacerlo. Desde muy niña le había fascinado arreglarse, nunca permitió que sus esclavas la tocaran, sus joyas y vestidos eran diseñados por ella; sin embargo, le ayudaban los orfebres y modistas reales.

Un sonido de voces comenzaron a invadir sus aposentos, despertando su curiosidad, voces que eran cada vez más fuertes. Terminó de colocar los anillos en sus dedos y se dispuso para salir. Apresuraba el paso, quería descubrir el origen de las voces, sabía que no provenían del palacio. En su afán por lograrlo, su rostro impactó con la espalda de su hermano Merenptah, éste se encontraba paralizado observando fijamente a un guardia que yacía en el suelo.

— ¿Hermano? —dijo Merenese confundida, y al ver que no respondía, decidió ponerse en frente de él—. ¿Qué está ocurriendo?

Sus labios vibraban inquietos, sus ojos estaban estáticos, su rostro se encontraba pálido. Luego de un instante su vista se enfocó en ella.

—Merenese... lo han asesinado —señaló al hombre.

— ¡Tenemos que irnos inmediatamente! —Exclamó tomándolo con fuerza del brazo y obligándolo a caminar.

Muchas personas rodeaban el palacio, cada segundo que transcurría se sumaban otras más. En sus manos empuñaban piedras, y antorchas; otros golpeaban fuertemente las puertas con grandes troncos de madera.

Sethy caminaba hacia la sala de reuniones acompañado por el general Hondo. La cólera se apoderaba de sus sentidos, sus venas parecían explotar como si la sangre temerosa urgía por salir; las puertas se abrieron de par en par al impulsarlas con sus manos, todos los allí presentes desviaron sus

miradas al suelo.

— ¡Deseo por los dioses que sus almas vaguen para siempre! — Expulsó las palabras haciéndolos estremecerse—. ¿Cómo es que nadie intervino antes de que esto sucediera?

—Majestad si lo hubiésemos sabido créame que esto no pasaría — respondió Jaemuset intentando calmarlo.

— ¿Por qué los guardias no me han informado?

—Porque están muertos —intervino Merenese, quien ingresaba a la sala junto con Merenptah.

— ¿Qué dices? —interrogó el general Hondo sorprendido.

—Los cuerpos degollados están en cada pasillo.

—De manera que cualquiera entra a mi palacio y nadie se da cuenta. ¿Cómo es esto posible? —Prosiguió Sethy observando a cada uno en la sala.

—Mi señor no entiendo cómo pasó; en los últimos días hemos doblado la guardia —expresó el general Hondo, quien fue devorado por la mirada del faraón.

— ¡General detenga de inmediato a esos rebeldes o será su cabeza la que rodará en frente de mi trono!

Este lo miró con gran temor, sintiendo en su boca el sabor a sangre y contemplando en su mente aquella acción. Aunque su cuerpo se alejó de la realidad retomó de nuevo el control de sus cinco sentidos.

—Mi señor, esta rebelión terminará y no quedarán cenizas que puedan avivar el fuego.

El faraón tomó asiento en su trono posando en su cabeza el tocado real, sujetando en su mano izquierda el cetro; sus ojos apuntaron como dos flechas hacia el general, quien comprendió aquella señal y abandonó la sala acompañado por varios de sus hombres. El gran salón quedó en total silencio, todos esperaban a que Sethy pronunciara palabra alguna, pero en vez de eso, permanecía sereno.

—Mi señor. Si me lo permite iré a ayudar al general Hondo —dijo Jaemuset poniendo fin al eterno mutismo.

—Nadie se moverá de aquí —le respondió aun con la misma calma.

—No voy a quedarme como si nada mientras todo esto sucede. ¿Por qué no sale y confronta a su pueblo? En vez de eso se queda sentado.

— ¡Jaemuset! —Gritó lleno de cólera, su piel tomó un color rojizo y empuñó fuertemente su cetro levantándose al instante—. ¡No eres nadie para hablarme de tal modo y mucho menos cuestionarme!

—Todo esto es culpa suya. Un faraón que no puede controlar a su propio pueblo y que se oculta dentro de estas paredes, no es digno de ese trono.

—Su majestad le pido que no tome en cuenta las palabras de Jaemuset; todos estamos muy alterados.

—Merenese no lo defiendas —replicó arrojando a Jaemuset bajo su mirada.

—No lo defiendo, pero debe tomar en cuenta la situación —explicó señalando alrededor.

—Por lo mismo no toleraré su falta de respeto. ¡Guardias!

Merenese lo miró intrigada, su piel se erizó al ver que estos ingresaban al gran salón y luego se detuvieron haciendo reverencia.

—Acompañen al príncipe a sus aposentos y vigilen que no salga de allí; también deseo que traigan al príncipe Naneferkaptah y a Tausert.

Las peores ideas habían pasado por la mente de ella, la tranquilidad ahogó todo mal pensamiento. Que el faraón decidiera no imponer un castigo más duro, era que ya tenía demasiado con lo que pasaba, que no era capaz de pensar y la situación lo tenía aturdido. Los guardias abandonaron el salón junto con él y el faraón continuó en su estado de meditación.

Los pasillos se encontraban inseguros. Tausert transitaba sin saber lo que ocurría, un pequeño soplo de aire se deslizó por su cuello y continuó hasta apagar la llama de uno de los candelabros que yacían sujetos a una base en la pared. Un pequeño grito alteró su cuerpo, uno tras otro que provenía de la sala de castigos. Sentía que la respiración le quemaba, era tan precipitada que no lograba tomar el control. Sus ojos captaron una mujer cuya espalda estaba desecha, hilos de sangre bajaban por sus piernas y un latigazo la obligó a soltar otro grito. Sus manos estaban atadas a una biga de madera, su cuerpo desnudo temblaba ante aquel dolor insoportable.

— ¡Deténgase! —advirtió Tausert acercándose a la esclava. Un dolor atravesó su corazón y un nudo se formó en su garganta. Dirigió sus manos hacia el pálido rostro de Seyma, su mirada apuntaba perdida, sus dientes rechinaban al chocar unos con otros sin parar, sus hombros estaban morados de tanto aguantar el peso que sus piernas no pudieron. — ¿Por qué te hicieron esto? —Lo dijo más para sí misma que para ella.

—Majestad no puede estar aquí —la voz del hombre penetró hasta su interior como una flecha recorriendo cada rincón de su cuerpo y

desgarrándolo todo a su paso.

— ¡Cómo te atreves a hacer esto! ¡Suéltalos de inmediato!

—Majestad, estas fueron órdenes del general Hondo y no puedo desobedecerlas.

—Y estas son ordenes de tu reina.

El hombre obedeció al instante y sacó su daga, con la cual cortó la soga de cada uno. El cuerpo de Seyma se desplomó; gotas de sangre mancharon el rostro de Tausert quien la sostenía para que no impactara contra el suelo.

— Atmahar llévala a mis aposentos —le pidió al esclavo que se encontraba de pie junto a ella —, yo iré a buscar a un médico.

Él la tomó entre sus brazos tratando de no maltratar sus heridas y salió apresurado, no quería perderla y la reina no lo perdonaría si algo malo le llegara a ocurrir.

Las voces de la multitud que inundaron el palacio se hicieron más claras y fuertes al abrirse las grandes puertas del palacio. El general salió decidido a enfrentarlos junto con sus hombres, examinando con gran detenimiento a cada persona. *¡Queremos ver al faraón!* Gritaban algunos, las palabras se mezclaban en el aire creando un mensaje poco entendible.

— ¡Cómo se atreven a venir aquí y exigir ver a nuestro faraón! — Exclamó desenvainando su espada—. Juro por los dioses que quien se atreva a cruzar estas puertas perderá su vida.

— ¡No se dejen engañar por éste! —Dijo un hombre saliendo de entre el montón—. ¡Ellos no podrán quitarnos la vida a menos de que nosotros los acabemos primero!

Los demás hombres del general se prepararon para defender la entrada, pero que podrían hacer ellos contra tantos que estaban armados. El general Hondo no lo permitiría, pelearía hasta su último aliento.

Capítulo 11

Pi-Ramsés.

Las consecuencias a causa de la rebelión serían las peores, los cuerpos de personas inocentes adornarían por completo el suelo del palacio, la sangre recorrería todo el lugar por las diminutas grietas.

El general Hondo empuñaba su espada esperando al primero que se atreviera a cruzar aquellas puertas; de pronto a lo lejos visualizó un grupo de hombres que venían hacia el palacio, y su mente jugaba con sus peores miedos. La multitud comenzó a abrirse de manera forzada, los caballos avanzaban a gran velocidad; todos se quedaron perplejos y las voces de quienes se revelaban habían comenzado a disminuir. En unos segundos el único sonido que percibían los oídos de los allí presentes, era el de los cascos de los caballos al chocar contra el suelo. No tardaron mucho en asediar la zona, se podía apreciar a más de cincuenta soldados.

Uno de los hombres dio vuelta a su caballo quedando de frente con el general Hondo, quien lo miró extrañado y lleno de intriga. Gotas de sudor resbalaban por su rostro, sus hombros subían y bajaban por la respiración acelerada, sus ojos brillaban intensamente ante los rayos de sol, que recorrían su cuerpo como si ansiosos desearan tocar su piel.

—Señor Bay. Finalmente ha llegado, claro está, demasiado tarde — expresó el general Hondo con molestia y un tono burla a la vez.

Éste dejó ver sus dientes en una pequeña carcajada, su cuerpo cayó firme sobre la superficie y agachó su cabeza en señal de reverencia, soltando de nuevo otra carcajada.

—Mi señor, lamento la tardanza, le suplico que perdone mi vida — respondió Bay con dificultad al no lograr retener la risa.

—Muy gracioso señor Bay —dijo con total desagrado

—Este no es un buen momento para sus niñerías.

— ¿Niñerías? General Hondo. ¿No era usted el que temblaba de miedo como un chiquillo a la mitad del desierto?

— ¿Qué pretende?

— ¿Yo? —Interrogó señalándose a sí mismo —Nada. Me gusta llegar

y encontrar todo hecho un desastre; creo que la situación se te salió de las manos.

—Ya tenía todo controlado.

— ¿Matándolos? Porque eso ni con el más grande ejército podría suceder, sería como echarle más leña al fuego; fuego que terminaría asfixiándote a ti, a ellos —señaló a los hombres que acompañaban al general. —Y a todos en el palacio. Ahora no perdiendo más mi tiempo, iré a ver al faraón.

— ¿No hará nada para detener esta rebelión?

—Usted puede solo, lo tiene todo bajo control —dijo mostrándole la multitud, quienes retomaron nuevamente su protesta.

Un sacerdote ponía sobre la espalda de Seyma paños que contenían un ungüento para sus heridas, las cuales estaban en grave estado. Tausert la observaba llena de angustia, podía sentir el ardor que le producía a Seyma al entrar en contacto el ungüento con su piel rasgada. A través de su mirada deseaba transmitirle fuerza, no dejaría que se perdiera en un sueño del cual nunca despertaría.

— ¿Con eso bastará para que sane lo más rápido posible? —Preguntó sin poder más con aquella intranquilidad.

—Majestad le aseguro que en un par de semanas su esclava estará de nuevo a sus servicios.

—Eso espero. Deseo que cuide muy bien de ella, deberá estar aquí constantemente.

—Majestad, es mejor que la esclava sea tratada en una habitación aparte —sugirió el sacerdote.

—No. Deseo que acomoden un lugar para ella aquí en mis aposentos, mientras logra recuperarse.

—Como usted ordene...

Las palabras quedaron a medias, desintegrándose en el ambiente por el sonido de las puertas al chocar contra las paredes, tres hombres ingresaron a los aposentos y en sus manos sostenían dagas, sus rostros eran irreconocibles, un paño cubría gran parte de sus rostros.

— ¿Quiénes son ustedes? ¡¿Cómo se atreven a ingresar a mis aposentos?!

Tausert dirigió hacia ellos una mirada llena de cólera por tal atrevimiento.

Los hombres apuntaron con sus dagas mientras la rodeaban. Un frío se instauró en su interior, el miedo se hizo parte de ella, aunque no lo quisiera, no le quedaba más que esperar, rogar en su interior porque nada malo pasara.

— ¡Exijo que hablen de inmediato!

Por más que se esforzara, el silencio era cada vez más desesperante; necesitaba respuestas, pero solo apuntaban con sus armas, llenándola de impaciencia por sus extrañas miradas. Era tanto el silencio que sus respiraciones podían escucharse, forzadas por la falta de aire.

Una lanza penetró en los aposentos como un rayo atravesando al instante la cabeza de uno de los hombres. Tausert estaba perpleja ante lo acontecido, sus ojos permanecían abiertos y su cuerpo se paralizó. El frío del metal en su cuello la ayudó a retomar el control de sus sentidos; los guardias que se encontraban en la entrada bajaron sus armas.

—Majestad perdone mi tardanza, después de un largo viaje finalmente estoy aquí —expresó Bay inclinándose ante el faraón.

—Señor Bay, me llena de alegría su presencia. Como podrá ver el caos se ha apoderado de Egipto —dijo como si fuera un viejo amigo al cual deseaba contar cada detalle de lo ocurrido en su ausencia.

—Mi señor no se preocupe, muy pronto usted gozará de la paz que antes reinaba en Pi-Ramsés.

—Mis hombres no han podido detener la rebelión. ¿Cómo cree usted poder lograrlo? —interrogó sintiendo ahora más tranquilidad al disponer de su ayuda.

—Los dioses nos han otorgado un maravilloso obsequio; el diálogo.

Sethy no pudo retener la risa que brotó de su interior, incontrolable como un volcán que no puede contener la erupción. Todos en la sala al igual que él, reían ante aquellas palabras.

—Señor Bay comprenda que estamos al borde de un precipicio; un mal movimiento y todos caeremos. ¿Comprende?

—Mi señor, lo que he dicho no es broma. El pueblo aclama su presencia, desean desahogarse de lo que les atormenta.

— ¿Qué pretende que haga?

—Usted es el faraón, debe mostrarse ante ellos y escuchar sus quejas

y darles una solución inmediata.

—Señor Bay no por nada mi padre pedía sus concejos y ahora comprendo, pero, exponerme ante una multitud furiosa es muy arriesgado.

—Majestad confíe en mí.

Allí nuevamente lo invadió esa tranquilidad que tanto deseaba. Sethy se puso de pie y caminó hacia él; quería verlo más de cerca, que en su cuerpo habitara esa calma y esa tranquilidad que solo poseía él. Sus hombres lo acompañaron y abandonaron el salón. Por un instante había dudado, deseaba que todo aquello terminara, aunque fuera de la peor forma posible; debía afrontar lo que era inevitable.

—Su majestad —un guardia lo detuvo. Este lo miraba exaltado, le costaba hablar, su aliento era arrebatado por algo que no podía descifrar.

— ¿Qué sucede? —Interrogó esperando una respuesta inmediata, lo cual fue en vano. El guardia cambió su mirada a una temerosa—. ¡Habla o cortaré tu lengua! —Insistió el faraón.

—Nuestra reina ha sido capturada por espías.

Un dolor atravesó su corazón, como si le costara latir; por un lado su pueblo y ahora espías en el palacio que amenazaban con la vida de Tausert.

Capítulo 12

Pi-Ramsés.

El coraje carcomía el cuerpo de Sethy desde su interior, sus manos se encogieron formando puños, preparados para demoler el rostro de quien sostenía una fina daga sobre el cuello de su esposa, dispuestos a arrancarle el alma sin piedad. Los soldados se encontraban amontonados a la entrada de los aposentos, pero ninguno era lo suficiente valiente para dar un ataque certero, sin que la reina saliera herida.

—Mi señor mantenga la calma.

—Señor Bay ¿Cómo pretende que permanezca calmado? Tausert está a pocos pasos de mí y yo estoy aquí sin poder hacer algo al respecto.

—Analice bien a estos hombres, sus piernas tiemblan y detrás de sus máscaras sus rostros se encuentran horrorizados.

— ¿Qué debemos hacer? —Preguntó Sethy, atento ante cualquier movimiento de aquellos hombres.

—Esa parte me corresponde a mí; solo necesito que los distraiga — dijo confiado en que sus palabras fueran lo suficientemente claras.

Al instante pudo descifrarlo; aquel joven hombre le transmitía seguridad y confianza, permanecía tan sereno como si nada grave pasara, como si todo estuviera bajo control. Éste se marchó dejándolo solo en aquel pasillo tormentoso, en donde sus ojos contemplaban aquella terrible escena que podría cambiar en unos segundos. Se dirigió hacia los soldados, apartándolos uno por uno de la entrada para poder ingresar.

— ¡Bajen las armas! —El sonido de su voz se esparció por todo el lugar exterminando el silencio, que azotaba placentero.

—Mi señor...

— ¡Obedezcan!

Todos fueron bajando sus espadas, sus rostros miraron al suelo, pero se mantenían atentos ante cualquier movimiento de los espías.

— ¿Qué desean? ¿Por qué están aquí? —Interrogó, aunque no recibió ninguna respuesta de su parte—. Es al faraón a quién tienen enfrente. Déjenla ir y les prometo que les concederé cualquier petición, pagaré más de lo que les han dado.

—Usted no comprende, esto es por algo que va más allá, es honor — respondió uno de ellos con voz segura y confiada.

—No lo entiendo.

—Deberá comprender lo que nuestro faraón Amenmeses sintió en el momento en que sus hombres le arrebataron la vida a nuestra reina, llevándose consigo la de mi señor.

— ¡No te atrevas a hacerle ni una pequeña herida o despedazaré tu cuerpo en mil pedazos! —Expresó sintiendo desbordar la cólera sobre sí mismo.

—De cualquier modo, ya estamos muertos.

El mundo se había detenido, el viento que se paseaba por aquel lugar movía con cautela sus vestiduras, agitando el cabello de su reina. Sus

lágrimas que ardientes se deslizaban, parecían finas serpientes, todo se había detenido. Sethy logró ver su rostro como si de una eternidad se tratara, como si los dioses los hubiera raptado y colocado en un lugar donde el tiempo era inagotable. En su memoria se posó aquel bello momento, en que toda la familia real se encontraba entorno a ellos, aquel momento que era tan parecido a ese. Ambos se contemplaban, la voz del sacerdote que los acompañaba no llegaba a sus oídos, sus rostros eran iluminados por la gracia que los dioses les otorgaban.

Aquella daga que pretendía deslizarse, agrietando aquel majestuoso momento, lo hizo regresar; sus manos se estiraron intentando detener aquel frío y oscuro final.

Una delicada flecha pasó cerca de su rostro. Sus ojos apuntaron al instante hacia ella, que se escurría sigilosa en medio de todos, incrustándose en el rostro del sujeto, quien soltó al instante el cuello de Tausert. De nuevo tres más se acercaban a gran velocidad, terminando en el mismo lugar; mientras que el otro fue atravesado por una lanza.

Sethy dejó escapar todo el aire que tenía acumulado, sus lágrimas caían sin control, su cuerpo temblaba, su corazón latía como si deseara salir corriendo; luego giró hacia la entrada. Bay aún sostenía el arco entre sus manos, rodeado por dos de sus hombres, éste saboreaba el momento, una pequeña sonrisa se marcó en su rostro y su mirada no se apartó de los hombres que yacían sin vida en el suelo.

—Majestad

Tausert se dirigió hacia el faraón preocupada.

— ¿Te encuentras bien? —cuestionó Sethy atrapándola entre sus brazos.

—Mi señor, yo estoy bien.

—Si te perdía... mi corazón habría sido cortado por esa misma daga.

—Sin importar lo que suceda, debe ser fuerte, por mí y por nuestro imperio —dijo mientras era atrapada con más fuerza entre los brazos de su esposo.

— ¿Qué le ha ocurrido? —Interrogó apuntando a la esclava.

—Ella fue torturada y sus heridas son graves. Esta mañana la encontré en esas condiciones, aún no comprendo qué ha sucedido en el palacio.

Todo era tan confuso para ella y sentía su cabeza explotar por pensar en lo acontecido.

—No te preocupes; ahora estás a salvo —dijo depositando un beso en

su mejilla, luego se apartó de Tausert para dirigirse hacia Bay.

—Que tus hombres cuiden de la reina. Necesito que salgas a buscar a una persona en representación de los que se rebelan y lo traerás ante mí.

—Mi señor. ¿Qué tiene en mente?

—Solo quiero saber el motivo por el cual hacen todo esto —respondió con sorpresa ante su falta de comprensión, luego de permanecer por unos segundos intentando nadar entre sus ojos, descubrió lo que éste tenía en mente y el sonido de los gritos retumbó en sus oídos. —Nunca mataría a inocentes —continuó con su mirada desafiante.

Bay hizo una reverencia para luego salir y perderse entre los pasillos. Nunca se había sentido el palacio tan triste y vacío, parecía que las paredes gritaban por dentro. La sangre derramada en uno que otro pasillo caminaba lentamente entre ellos, tratando de huir desesperadamente de allí.

—Tausert es demasiado tonta como para no tener guardias en sus aposentos —expresó Merenese, quien dio un vistazo al cielo que poco a poco se iba oscureciendo, mientras sostenía en una de sus manos una copa con un poco de vino.

—Nunca lo ha hecho. Está acostumbrada a vivir tranquilamente sin pensar que estamos rodeados de refractarios.

—Jaemuaset. Ahora ella se ha convertido en la reina y debe pensarlo dos veces antes de andar libre por ahí.

—Tausert se ha convertido en una gran carga para nosotros y el faraón; dudo mucho que obtenga un reemplazo.

—Claro que sí puede ser desplazada por otra. Tausert no ha podido tener hijos, pero si hubiera otra mujer bella, quizás más que ella y que le diera a nuestro faraón tantos hijos como él desee; entonces sería el fin para la reina —expresó con gestos de burla.

Jaemuaset dejó escapar una pequeña sonrisa y su mirada se perdió en los ojos de su hermana, saboreando junto con ella esas palabras.

—Eso sí que sería algo bueno —respondió dándole vueltas a la idea en su mente.

—Lo malo es... que nuestro faraón nunca se ha fijado en nadie más —la decepción los tocó a ambos.

—Mi señor —la voz de Osahar irrumpió en la habitación, su rostro se tornó colorado y sus pies se deslizaban como si un imán los atrajera al piso.

— ¿Qué noticias traes? —Se precipitó a formular aquella pregunta con ansias por conocer lo que ésta diría sin darle rodeos al asunto.

—Según escuché, los espías fueron asesinados gracias al señor Bay.

— ¿Bay? —Susurró Merenese mientras intentaba descifrar de quién se trataba.

—Al fin ha llegado —prosiguió Jaemuaset de manera desinteresada.

— ¿El mismo hombre que estuvo al servicio de mi padre en sus últimos años de gobierno? —Interrumpió de nuevo un poco confundida.

—Hermana. Por lo menos su ayuda será conveniente para nosotros —dijo irritado.

—Para mí es otro escorpión con más veneno que los demás.

—Merenese —su rostro mostraba seriedad y sus ojos brillaban bajo la luz de la luna, que tímida se asomaba entre las pocas nubes del cielo. —Lo que importa ahora es que Tausert sigue acechando a cada uno de nosotros.

Aquel hombre que se había ofrecido de entre la multitud examinaba todo a su paso hasta encontrarse de frente al faraón; su semblante no era el mejor. El general Hondo lo tomó con fuerza impactándolo contra el suelo, éste se arrodilló de inmediato, sus ojos no se apartaban del suelo y sus manos se encontraban temblorosas.

— ¿Por qué mi pueblo se ha revelado contra mí? ¿Qué he hecho yo para que vengan a mi palacio y formen semejante caos?

—Su pregunta fue dirigida tanto para él como para las otras personas que lo acompañaban.

—Ma-majestad. Nosotros estamos inconformes con su nueva orden —respondió intentando que su lengua no fuera atrapada por sus propios dientes ya que, estos chocaban unos con otros, producto de los incontrolables nervios.

— ¿A cuál de todas te refieres?

—De pagar los tributos a los dioses... —Sus palabras quedaron en el aire al momento en que el faraón habló.

—Pero si es un deber tanto mío como de ustedes.

—Majestad. En estos últimos años, todo ha escaseado, ya no tenemos más alimento, nuestras familias mueren de hambre y usted envía a su ejército, entran a nuestras casas, lo destruyen todo y se llevan lo último que nos queda

—dijo el hombre con lágrimas en sus ojos.

— ¿Cómo es esto posible general Hondo?

—Mi señor. No tengo conocimiento sobre esto —respondió preocupado por tal acusación.

—De manera que tus hombres actúan a mis espaldas... Recuerdo haber dicho que después hablaríamos con respecto a este problema.

—Mi señor ellos se niegan a dar la parte que les corresponde — expresó el sumo sacerdote—. No quedó más remedio que registrar sus casas.

—Esto que has hecho es imperdonable ¿Cómo osas actuar sin mi consentimiento? —Ahora dirigió sus ojos hacia él lleno de ira.

—Mi señor yo solo he cumplido con mi deber.

—Su deber es servirme a mí.

—Se equivoca, majestad; mi única obligación es servir a los dioses antes que a usted.

Sethy se colocó de pie al instante, acercándose a él como un león observando a su presa, sus manos se dirigieron hacia su cuello, apretándolo con fuerza. Este trataba de mantenerse lo más calmado posible, sus ojos se tornaron rojos y las venas de su cuello comenzaron a hincharse.

—Yo soy tu dios, al que debes servir y obedecer por obligación — dijo soltando su cuello.

En menos de un suspiro su cabeza rebotó en el suelo y un segundo después su cuerpo se desplomó.

Capítulo 13

Tebas.

—Baktwerel, siéntate y disfruta —expresó Jaemter señalando el gran sillón a su izquierda.

—Esto no era como lo esperaba —reprochó ella mientras su ojos contemplaban aquel desorden.

—El gran banquete finalizó, pero la celebración aún no termina.

Baktwerel se cruzó de brazos y observó nuevamente alrededor. Bellas mujeres danzaban entre los hombres que se encontraban esparcidos; sentía como la furia se acumulaba en su pecho y luego subía por toda su garganta, queriendo gritar hasta más no poder y quedar libre de tal amargura.

—Me retiro a mis aposentos, el ambiente se ha tornado pesado para mí y deseo tomar reposo —dijo inclinando su cabeza ante el nuevo rey, odiándose en su interior por aquello.

—Los invitados aún no se marchan; no puedes dejarme solo, recuerda que tú misma quisiste todo esto.

—Fue un error haberte escogido a ti y ahora tendré que aguantarte por el resto de mi vida —expresó disgustada.

Al llegar a los aposentos, sus lágrimas salieron disparadas e incontrolables, avivando en su interior la llama de la ira. Retiró la peluca de su cabeza y luego se deshizo de todas las joyas que portaba, para luego tomar un baño de agua de azahar y aceites fragantes.

Un delicado golpe en la puerta provocó alterarla de nuevo. Una esclava ingresó un poco agitada, parecía haber recorrido el palacio de un extremo a otro.

—Majestad, tenemos problemas.

—¿A qué te refieres? ¿Sucedió algo?

—Es Sutailja...

—Habla de inmediato y no me hagas perder la cordura.

—Tiene mucho dolor y podría perderlo.

—Sólo esto podía faltarme. ¡Qué los dioses no lo permitan! Iré de inmediato a verla —dijo saliendo apresurada de sus aposentos.

Sus pasos hacían eco en medio del silencio de la noche, su mirada se dirigía hacia todas las direcciones, esperando no toparse con nadie.

Al llegar a la habitación, observó todo cuidadosamente hasta que sus ojos se posaron en ella. La mujer estaba sentada en una silla, abrazándose a sí misma en aquel rincón, donde el aire fresco llegaba a través de un pequeño agujero en la pared. Baktwerel se dirigió hacia ella y luego puso una de sus manos en el hombro de la esclava.

—Me han informado lo mal que te sentías.

—Ha sido como un huracán dentro de mí, queriendo llevarse la vida de este pequeño ser —respondió acariciando su vientre—. Al igual que tú te lo llevarás y será mucho peor que todo esto.

—Sutailja debes comprender lo valioso que es ese niño para mí y para el pueblo. La sangre de la dinastía corre por sus venas, ha llegado justo en el momento en que necesitábamos una luz de esperanza; eres una esclava, si acaso llegaste a ser una de las tantas concubinas de nuestro fallecido faraón, pero el destino de ese niño no sería bueno siendo tú su madre; conmigo no le faltará nada, crecerá y será fuerte como su padre.

—Y yo no estaré para ver ese momento.

—Lo he pensado por un largo tiempo; tú podrías criarlo, darle tu cariño, verlo y amarlo.

—Pero no será a mí a quien llame madre —expresó Sutailja envuelta en nostalgia

—Lo siento, pero así debe ser, aunque seas su madre por naturaleza, me pertenece a mí por derecho.

—Prefiero morir.

—Te lo prohíbo. No puedes morir, no te lo permitiré. Si quieres morir, será después de que des a luz a un bello príncipe; por el momento come bien, duerme y toma adecuadamente los brebajes.

Terminó la plática con aquellas palabras frías, palabras que una tras otra dañan a Sutailja, quien desbordaba en llanto, ahogándose en su propio dolor.

Un poco de frío asedió todo el lugar, el cielo se hallaba solo por completo sin una estrella que le hiciera compañía y la luna se escondía entre las nubes.

La celebración había finalizado y todos se habían marchado, dejando solo aquel desorden. Baktwerel sintió un pequeño roce en sus pies, sus ojos se abrieron al instante. Los aposentos eran iluminados por una vela que

estaba próxima a terminarse. Una sombra se movía lentamente hacia ella. Su cuerpo era tan pesado que no podía moverlo, parecía que hubiese sido pegada a la cama.

La figura se acercaba un poco más y al estar a sus pies logró contemplar a un hombre cuyo rostro era irreconocible. Sus ojos la envolvían haciéndola temblar, luego subía por todo su cuerpo permitiéndole ver su hocico largo y oscuro, despertando al instante con una sensación de terror. De nuevo observó la habitación, se puso de pie y se dirigió hacia la entrada con el corazón entre las manos, invadida por fuertes escalofríos. Al salir se encontró con el único guardia que custodiaba la puerta.

— ¿Alguien ha entrado a mis aposentos?

—Hace un momento estuvo nuestro señor.

—pensé que Jaemter se encontraba disfrutando la noche con una de sus esclavas.

—Mi señora. ¿Está todo en orden? —interrogó lleno de preocupación al verla de aquella forma.

—No quiero que nadie ingrese a mis aposentos —ordenó y de inmediato regresó al oscuro lugar.

Después de eso, el temor perduró en su mente por el resto de la noche.

El sol de la fresca mañana hacía su gloriosa aparición a lo lejos de las pirámides; como era costumbre, las esclavas estaban en los aposentos en medio del alba, poniendo cada cosa en su lugar. Ellas preparaban el baño y ayudaban a la reina mientras degustaba frutas frescas, luego peinaban y colocaban su peluca, las pulseras y brazaletes no podían faltar; por último la corona real.

—Esta noche he tenido una horrible pesadilla —soltó las palabras sin quitar la vista de su reflejo.

— ¿Cómo era majestad? —preguntó la esclava mientras terminaba de ponerle un collar.

—Había un zumbido en mis oídos, mi cuerpo no se movía y mis ojos contemplaron una figura muy extraña, aún recuerdo su hocico cerca de mi rostro.

La esclava esculcó entre sus propios pensamientos y se quedó en silencio por unos instantes, luego como si hubiera encontrado un pequeño tesoro en medio del desierto, su rostro se iluminó por una pequeña sonrisa.

—Debe tener cuidado mi reina, pues ha sido la misma muerte quien la ha visitado en la oscuridad de la media noche.

— ¿Anubis? ¡No es posible! —Exclamó con temor.

—Lo es. Mi señora, debe tener mucho cuidado, su vida es muy preciada y hay muchos que quieren poner una daga sobre su cuello.

Baktwerel cerró sus ojos intentando no pensar más en el asunto, lo cual parecía extremadamente difícil, pues aquellas imágenes regresaban a ella para atormentarla una y otra vez.

El virrey Rashidi extendía sobre una mesa la lámina de papiro apuntando a Menfis en el gran mapa. Sus ojos reflejaban la entera satisfacción que le causaba apoderarse de Pi-Ramsés y Jaemter observaba un círculo que encerraba aquel nombre sin comprender aún lo que éste trataba de decirle.

—Atravesaremos el gran desierto occidental con todos nuestros hombres y luego atacaremos Menfis, después entraremos a Pi-Ramsés para destronar al faraón, tomar la ciudad y que usted ascienda el trono.

—Menfis... Y ¿si morimos antes de entrar? No debes olvidar que el faraón tiene buenas tropas allí.

—Por el momento debemos aprovechar que su pueblo está en contra de él, es una gran ventaja, y que sus hombres ahora se encuentran en Pi-Ramsés.

— ¿Sugieres atacar antes de lo previsto?

—Debemos hacerlo, solo así, la victoria será para nosotros.

—Tienes toda la razón, además tenemos al heredero de la corona con nosotros.

—Con respecto a eso, hay alguien que debes ver —dijo Rashidi mientras enrollaba de nuevo el papiro.

—Ahora no tengo tiempo para nadie —contestó con un poco de molestia. La fiesta lo había dejado tan agotado que solo deseaba ir a sus aposentos y dormir mientras las esclavas masajearan su cuerpo.

—Como usted diga, pero luego te lamentarás —comentó dejando las palabras en el aire.

Jaemter lo siguió a través de los innumerables pasillos, permaneció en silencio, hasta que finalmente se hallaron en aquella habitación y ante ellos se encontraba esa mujer que con dificultad se sostenía sobre sus pies, sus labios estaban resacos, su piel era pálida y debajo de sus ojos se formaban grandes ojeras.

—Sutailja. Una de las tantas concubinas que tuvo Amenmeses —expresó Rashidi.

—Continúo sin entender, aunque si la deseas... no veo el problema en que la tomes.

—Que ingenuo eres, pero es mejor escuchar sus palabras —continuó el virrey sirviéndose un poco de vino.

La mujer los miró y permaneció muda ante ellos, sus ojos dejaban ver su temor, quería morir en ese mismo instante, pero ya no le quedaba más remedio, mentir no le serviría de nada, la palabra del virrey valía mucho más que el de una simple esclava.

—El... faraón...

— ¡No te detengas! —Exclamó Jaemter hastiado.

—Él venía a verme cada vez que podía, no me permitía ingresar a sus aposentos... la reina Tajat no permitía que otra mujer ingresara a su cama. Muchas concubinas desaparecieron misteriosamente y el faraón decidió mantener en secreto su relación con las otras. Baktwerel lo sabía, una noche ambas lo compartimos, a ella nunca le importó, su único deseo era que el faraón se olvidase de su adoración. Luego de que nuestro señor muriera, me encerró en una habitación al saber que en mi vientre se formaba el hijo del faraón Amenmeses.

—Lo que indica que Baktwerel no era la siguiente reina en sucesión a Tajat —Interrumpió el virrey

—Ella también está embarazada, lleva en su vientre...

De inmediato su mente se aclaró y lo regresó a la noche en que se lo confesó, como si hubiese sucedido hacía escasos minutos.

—Por eso insistía en regresar a Tebas —expresó en medio de una sonrisa—. Baktwerel dejará de ser una carga para nosotros.

Capítulo 14

Pi-Ramsés.

Bay se dirigía apresurado hacia los aposentos del faraón, y aunque las noticias que llevaba no eran tan buenas, éste no mostraba signos de preocupación. Se había caracterizado por ser un hombre fuerte valiente e inteligente, siendo desde niño un gran estudiante. Desde muy joven logró ingresar al palacio de Menfis, sirviéndole de gran ayuda al faraón Merenptah, destacándose por conservar una gran sabiduría.

Al ingresar el faraón lo miró extrañado, deteniendo la plática con su esposa.

—Mi señor —dijo inclinándose ante él.

—Bay. ¿Qué te trae a mis aposentos?

—Siento interrumpirle, pero he recibido noticias de los sacerdotes de Amón, quienes están disgustados con usted, ya que ha cometido una gran falta al matar a su servidor el sumo sacerdote.

—Al igual que cualquier otro, él cometió una gran falta. Mi imperio se hunde cada vez más, intentando tragarme junto con él y dejarme sin aliento.

—Mi señor. Usted es el imperio —dijo Tausert tomando el rostro de Sethy entre sus manos para que éste pusiera atención en su mirada —si usted cae, el imperio también lo hará, pero si es fuerte y persiste, aunque los demás quieran ponerse en su contra el imperio permanecerá.

—Le han enviado un mensaje —prosiguió Bay para lograr captar de nuevo la atención del faraón—. Desean que usted vaya al templo sin ninguno de sus hombres, majestad.

— ¡Eso no es posible! —Exclamó Tausert observando detenidamente al faraón.

— ¿Qué podría suceder si no voy?

—Mi señor, debe hacerlo. Desatar la ira de los sacerdotes, es desatar la del pueblo y la de los dioses.

—No tengo más opción; así que debo ir —susurró para sí mismo.

—Majestad, no estoy de acuerdo. ¿Por qué desean que ninguno de nuestros hombres lo acompañe? —Interrogó Tausert sin poder aguantar la preocupación.

—Mi reina, debe tranquilizarse ya que ellos no pueden hacerle daño al faraón y en el templo sí que menos —expresó Bay en un acto por lograr tranquilizarla, podía ver lo hiriente que era para ella toda esa situación.

—Pueden hacerle daño en el momento menos esperado y no solo ellos; Tebas también intentará hacer lo que esté a su alcance para atacar a mi señor. Fuera de todo eso es mi deber como reina acompañar a su majestad.

—Bay alista todo, no quiero errores, y Tausert me acompañara —dijo Sethy para poner fin al duelo de miradas que tenían entre ambos.

El desplazarse a través del pueblo no fue tan difícil, aunque las personas quedaban intrigadas al ver el palanquín que desplazaban algunos esclavos a toda prisa, nunca sospecharon que el faraón se encontraba allí. En pocos días lograron llegar a Tebas y finalmente se hallaron ante el gran templo, adornado con hermosas figuras, algunas representaciones de los mismos dioses.

Un extenso corredor que recorrían muchos sacerdotes y que los abrazaba con gran fuerza, los sumergía hacía un futuro totalmente desconocido.

Tausert analizaba todo, plasmando en ella malos pensamientos que la hacían sentir insegura. El grupo de sacerdotes que los guiaba se detuvo al frente de una gran puerta, la cual se abría lentamente *la muerte nos espera*, aquellas palabras se repetían en su mente, torturándola con cada pasar de segundos.

Un hombre de mucha edad estaba allí, su cuerpo estaba en total calma, ella misma podía sentirlo, a tal punto que pudo experimentar aquella hermosa experiencia, un estado de total placer.

—Pueden ingresar —Habló el sacerdote.

Seguido, los que les acompañaban comenzaron a retirar sus joyas y todo lo que traían consigo, dejándoles solo sus vestiduras. Sethy avanzó por la extensa sala, sus pies sintieron el frío del suelo, se colocaron al lado del sacerdote y luego se arrodillaron, sus rostros casi podían tocar el suelo.

—El dios Amón padre de todo, creador de todo cuanto existe. Amón recurre al llamado del pobre y de quien más lo necesita —dijo el sacerdote conservando todavía la calma.

—No entiendo para que me ha llamado.

—Egipto se encuentra al borde de la perdición, los esclavos se rebelan, familias enteras se rebelan, todo el pueblo se rebela. ¿Aún no sabe lo que sucede a su alrededor?

— ¿Que planea? Si me dice todo esto es porque algo debe rondar en su cabeza, así que dígame ¿Qué es?

—No pretendo nada, pero ¿no cree usted que deba hacer algo al

respecto? Y no me refiero a que encarcele y mate. La furia de los dioses es incontrolable y Egipto pronto quedará sumergido en la arena. Es su deber como faraón hacer algo al respecto.

—Si no debo castigar a quienes intentan oponerse a mí ¿Qué más debería hacer?

—La solución se encuentra frente a usted, el padre de todo lo creado —dijo señalando la gran figura de Amón—. Como dueño de todo Egipto su deber es orar por su pueblo, no olvide que nosotros no somos nada sin los dioses, creemos que todo está bien, los olvidamos y luego vienen sus castigos, pero ya demasiado tarde nos arrepentimos y nos abrazamos a ellos, esperando clemencia. Lo invito a que goce de la presencia del gran Amón.

Las palabras parecían haberse marchado; Sethy solo escuchaba atento, como si cada palabra iluminara las tinieblas de su pensamiento.

El sacerdote se puso de pie y luego se dirigió hacia Tausert, quien no podía apartar la vista de su esposo. Al sentir las cálidas manos del sacerdote, recorrió cada parte de aquel lugar con su mirada hasta llegar a él.

— ¿Está todo bien? —preguntó ella sin saber el significado de sus propias palabras.

—Mi señora acompañeme a caminar por el templo, ha de estar muy cansada por el largo viaje y nuestro Faraón permanecerá aquí por un momento.

— ¡De ninguna manera! Yo no me alejaré de su lado.

—Si desea el bien para nuestro faraón y el pueblo, debe dejarlo y acompañarme.

Luego de unos segundos de meditación ella asintió poniéndose en pie, luego caminó hacia la salida retornando su mirada a donde se hallaba Sethy postrado; el sacerdote le regaló una sonrisa, lo cual hizo borrar sus peores pensamientos *todo estará bien* se decía mientras más se alejaba.

Baktwerel es alterada por la repentina presencia de su esclava, quien cerró la puerta provocando un leve estruendo, apoyó su espalda y luego intentó normalizar su agitada respiración. Pasó la traba a la puerta y luego caminó hacia su ama, haciendo que ésta se preocupara demasiado.

— ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué tienes esa cara? —interrogó temerosa ante su respuesta.

—Mi señora, no creerá usted lo que he visto con mis propios ojos.

—Ha de ser muy malo para que te encuentres en tal estado.

—Jaemter ha visitado el cuarto en el que se halla encerrada Sutailja.

— ¿Cómo ha sido eso posible? ¿Quién le dijo?

—No lo sé mi señora, pero Sutailja debió haberlo confesado todo.

—Lo que me temía... pero todavía no comprendo ¿Cómo pudo haberse enterado?

—Me matarán ¿Verdad?

La joven caminó hacia ella con el miedo hasta lo más profundo de su ser e intentó sacarle un gesto que confirmara lo antes dicho.

—Él no puede hacer nada, la máxima autoridad soy yo.

— ¡Baktwerel!

La voz de Jaemter se logró escuchar del otro lado de la puerta. El pánico se instauró en ambas y con cada grito sus corazones aumentaban cada vez más de ritmo. Los golpes en la puerta hacían eco en la mente de cada una. Al pasar los segundos Jaemter contempló el rostro de Baktwerel que se asomaba temeroso al abrirse la puerta.

Ambos se miraron esperando a que cualquiera expresara palabra alguna.

— ¿Qué sucede? —Interrogó ella mirándolo fijamente, intentando escudriñar en su interior.

—Me he asustado al no saber nada de ti —respondió Jaemter con suave voz.

—Hoy no me encuentro bien, así que he decidido tomar un largo reposo.

— ¿Por qué no vienes a mis aposentos? Como tu consorte merezco de tu compañía —una sonrisa pícará prosiguió después de sus palabras.

—Me alistaré y pronto estaré con usted.

Baktwerel lo miró confundida y luego compartió aquella sonrisa que brotaba de él mientras cerraba la puerta lentamente hasta que esta le impidiera verlo.

No podía comprender lo que sucedía, intentaba ver más allá de aquellas simples palabras, pero no alcanzaba a imaginar qué estuviera intentando hacer aun sabiendo su secreto.

Capítulo 15

Tebas.

No podía soportar ni llevar más esa duda, la migraña quería hacerla explotar, su cabeza daba vueltas de tanto pensar en hacerlo o no hacerlo. Baktwerel observa detenidamente los innumerables platos con deliciosos manjares y ni qué decir del vino que se encontraba en sus manos, deseando poder poner un poco en su boca para degustarlo por unos instantes, hasta su nariz llegaba un olor agradable que envolvía los aposentos, pero aún todo aquello no podía otorgarle tranquilidad.

—No has probado ni un bocado.

La voz de Jaemter la trajo fuera de sus pensamientos, colocó la copa sobre la mesa, luego dirigió su mirada hacia el suelo.

—No me siento bien —expresó alejándose hacia la gran ventana que se encontraba al otro extremo, deseaba ser liberada y terminar con aquel juego perverso.

—Baktwerel, al menos prueba el vino que está delicioso —dijo acercándose a ella, seguido tomó un gran sorbo de vino, pero sin dejar de ver la expresión de su rostro.

—Así que ya sabes... —El nudo en su garganta le impidió continuar.

—Claro. Las protestas en Pi-Ramsés han debilitado las fortalezas de nuestro faraón Sethy y he hablado del asunto con Rashidi.

Ella giró para darle nuevamente la espalda, dirigiéndose hacia una mesa en la que se apoyó, sentía su cuerpo como una lámina de papiro. *¿Quieres jugar conmigo?* Dijo en su interior. Se liberó del vestido para dejar al descubierto su cuerpo, de igual manera se desprendió de la peluca que escondía su hermosa cabellera.

Jaemter se dirigió hacia ella como si hubiera sido atrapado por un imán, sus manos ansiosas tocaron aquel cuerpo que parecía pedirle a gritos ser tomado. Sus labios rodaron por toda su piel, aprisionándolo al instante. Baktwerel permanecía en silencio, siendo atrapada por el placer. Ya no había marcha atrás, no cabían en ese momento pensamientos de arrepentimiento, aunque no lo deseara había sido presa de una tormenta que ella misma provocó. Sus ojos se concentraron en el papiro que se encontraba frente a ella, pero que no podía visualizar y lo que llamó su atención fue ver a Menfis señalada en él.

De repente es apartada de allí, por esos brazos que la tomaban con fuerza y luego se hallaba sobre la suave seda de la cama, su cuerpo colapsaría en menos de lo que pudiera imaginar. Su mente se nublaba y perdía todo conocimiento de sí misma mientras era tomada con más poderío.

Todas las noches eran iguales a las demás. Atormentada siempre por la misma pesadilla. Baktwerel abrió sus ojos aliviada. Observó el rostro de Jaemter y hastiada decidió girarse. De nuevo se halla a pocos pasos de aquella mesa, su cuerpo estaba tan débil que no creía poder levantarse, aunque con un poco de esfuerzo logró hacerlo.

El suelo acarició sus desnudos pies, el aire se había tornado demasiado pesado, el calor era un poco insoportable, su cuerpo estaba bañado en sudor. Al tener en sus manos lo que parecía ser un mapa, observó con detenimiento sin lograr comprender; lo giró, siguió con su mirada cada lugar que aparecía en él, de Tebas al Valle de los Reyes y luego estaba Menfis. Su rostro se iluminó y una pequeña sonrisa saltó de ella, estaba feliz por comprender.

—Las intenciones de Jaemter no es llegar a Pi-Ramsés directamente.

Su objetivo es atacar por sorpresa —expresó en un susurro.

Su rostro giró de manera involuntaria hacia él, quien todavía permanecía bajo el abrazo del poderoso sueño.

Se escurrió de forma apresurada por todo el palacio, decidida a terminar con todo aquello, a ser libre de toda atadura y por una vez en su vida se sentía conforme consigo misma. Sutailja la observaba con gran temor, no pudiendo comprender qué le sucedería, qué tendría preparado. ¿La asesinaría? ¿La echaría al Nilo amarrada de una piedra, gritando de desesperación mientras el agua invadía cada uno de sus pulmones hasta vaciarlos del último aliento de vida, para luego ser comida de los peces? U otra perversidad mucho peor que todo aquello que se paseaba por su cabeza.

—Mi reina le pido perdón, ellos me obligaron, no tuve otra opción —dijo arrojándose ante los pies de Baktwerel con gran desesperación.

Ella la observó con indiferencia y el calor se apoderó de su rostro.

—Sé que nada de esto es tu culpa, ahora debes pagar por este pecado que no es tuyo. Acompáñame —expresó abandonando el cuarto.

Se encontraban luego en otro pequeño cuarto, el cual estaba muy oscuro, no se podía ver ni lo más mínimo.

—Dentro de unos cuantos meses tendrás al heredero de esta despreciable sangre. Te llevarán hacia donde debes estar, tu destino ahora se encuentra en las manos de él y no en las mías, ni las de Jaemter —aquel nombre resonó en todo el lugar—. ¿Qué te ofrezco? Te doy la llave de la vida, esto te puede salvar a ti y a tu hijo, podrás dejar de ser una esclava y puedes convertirte en alguien que de verdad importa, pero debes ser inteligente, puesto que, aunque es el inicio de algo totalmente extraordinario, también es el final que te llevará directo hacia las fauces de Anubis. Dile a él que Menfis será el inicio de una guerra en la cual solo habrá un ganador, que reúna todo su ejército y extermine la vida de aquellos que intentan usurpar su lugar en el trono.

Al terminar aquellas palabras el cuarto fue iluminado, se podía observar el cielo y sentir el aire fresco correr a través de ellas. Una puerta se había abierto, dejando entrar a dos hombres que tomaron a Sutailja y luego la sacaron de allí, después de eso el cuarto regresó a su oscuridad al ser sellada la salida.

Baktwerel volvió al cuarto en el cual se encontraba Jaemter cautivo del sueño, sostenía en sus manos un pequeño frasco de vidrio recordando las palabras del comerciante *“Este poderoso líquido puede aniquilar la vida de*

quien lo tome en contados segundos” al cual había ido a ver hacía mucho tiempo, cuando la muerte de Amenmeses provocó tantos problemas para ella y aunque pensó que Jaemter podría ser su salvación, fue totalmente todo lo contrario. El destino es así, por más que se altere todo retoma su curso normal.

Virtió todo el contenido en la copa que tenía el vino que tanto anhelaba beber. El temor se hizo presente, sus manos temblaban al igual que sus labios. Sintió recorrer un ardor por todo su cuerpo y quemar en su interior. Aquella cama la tomó para siempre, sumergiéndola en un profundo abismo del cual no había regreso.

El sol en todo su furor golpeaba todo el lugar. Jaemter tapó con una de sus manos sus débiles ojos, luego de un momento caminó hacia un jarrón que contenía agua y bebió de ella hasta más no poder para poner fin a la sequedad en su garganta. Su vista se quedó perdida en el suelo y luego la levantó hasta verla, tan hermosa, mucho más de lo que antes era para él. Recordó ese momento que después fue desbaratado por otro.

— ¡Jaemter! —exclamó el virrey ingresando a los aposentos.

— Que no se te olvide que este es mi palacio —dijo mientras lo observaba molesto—. ¿Qué tienes para decirme? No te encuentras en mis aposentos por nada.

— ¿Qué sucedió entre ustedes? Creí que su unión era un asunto no muy serio.

—No lo es. Ahora ¿puedes decirme de una vez qué sucede?

—No he podido encontrar a Sutailja ¿Sabes dónde está?

—Cómo lo voy a saber si hace solo unos minutos me desperté.

—Esto es serio. ¿Le confesaste que lo sabíamos? —preguntó señalando a Baktwerel.

—No he dicho ni una sola palabra, sabes que ese no era nuestro plan. ¿Has buscado en todo el palacio?

—Lo hice y no hay ni un solo rastro de ella, los hombres que puse a su cuidado no la vieron salir.

—Esto sí que es una novedad —expresó tras una carcajada—. Supuestamente estaban pendientes de ella... ¡Baktwerel! —Aumentó el tono de su voz acercándose a ella—. ¡Baktwerel!

Repitió de nuevo, pero no había signos de respuesta.

El virrey se acercó lleno de preocupación, la contempló por unos segundos,

luego posó sus manos en el pecho de ésta y sus sospechas aumentaron al no sentir su respiración, luego miró su rostro el cual estaba pálido. Rashidi se retiró de inmediato aún sin poder entender.

— ¿Qué le has hecho?

—Nada. Anoche estaba... bien —Jaemter respondió con gran confusión.

—Ahora tenemos dos problemas, una está desaparecida y la otra está muerta. ¿Qué les diremos a todos?

—Deseo que la saquen inmediatamente de mis aposentos y que tus hombres busquen a Sutailja en cada rincón de Tebas, cualquiera que esté involucrado, deben traerlo ante mí.

—Todo esto se te ha salido de las manos, pensé que serías más inteligente, ahora veo que aún sigues siendo un simple visir. Yo me retiro junto con mis hombres, me marcho a Nubia y cualquier acusación que me hagas la negaré —expresó Rashidi con indiferencia.

—Está bien, puedes irte, pero juro por los dioses que Egipto será mío, juro que cuando suba al trono, aplastaré tu cabeza entre mis dos manos hasta que ya no quede ni la más mínima expresión sobre tu rostro.

Capítulo 16

Pi-Ramsés.

—Merenptah será quien gobierne en Menfis y contará con la ayuda de Jaemuaset —anunció el faraón observando con detenimiento a sus dos hermanos.

—No lo veo adecuado mi señor. Merenptah aún no tiene la edad para tomar control de Menfis, en cambio yo puedo hacerlo sin la ayuda de nadie —reprochó Jaemuaset.

— ¿No me has entendido? Tú solo le ayudarás en lo que el príncipe necesite y de todos modos contigo Menfis nunca hallará el orden.

Tausert no pudo retener la sonrisa que le provocaron aquellas palabras, aunque hizo un gran esfuerzo para borrarla al instante. Se encontraba fatigada por la gran jornada en la sala de reuniones, el calor era desesperante y nada interesante ocurría; eran horas escuchando palabras y más palabras, por lo menos aquello la obligó a regresar fuera de su mente y poner más atención en lo que ocurría.

—Mi señor. ¿Cuándo partirán los príncipes? —Interrogó atrayendo la mirada de Sethy hacia ella.

—Hoy mismo; Bay los llevará. No deseo oír más sobre el asunto, doy por terminada la reunión —dijo abandonando la sala acompañado por Tausert.

Los días que habían transcurrido no fueron muy agradables para Sethy, quien había tenido que buscar estrategias para mantener el imperio. No solo se sentía agotado en su interior sino que también todo su cuerpo mostraba signos de deterioro, su semblante ya no era el mismo y Tausert podía notarlo. Su preocupación aumentaba cada día, por eso decidió acompañarlo en sus reuniones e incluso tomar su lugar en unas no tan importantes.

Tristeza le causaba verlo de tal forma. En ocasiones se perdía entre sus pensamientos y permanecía mudo por un largo tiempo, había perdido el apetito y se encerraba en sus aposentos hasta que el sol de un nuevo día llegara y lo obligara a acudir a sus tareas diarias. En la mañana con ayuda de sus esclavas se preparaba para asistir a su primera reunión del día, ya que debía informarse acerca de lo que acontecía en todo Egipto, cada ciudad, las fronteras y otros territorios, luego se hallaba en frente de sus soldados para verlos en una que otra pelea; no todos los días era la misma rutina, pero cada uno era agotador.

Ella lo observaba con gran desconsuelo, aquel no era el hombre con el que se había casado y con el pasar de los días su esencia se perdía entre las paredes del palacio.

—Mi señor. ¿Desea que me quede?

—Hoy no Tausert. Tengo muchas cosas por hacer y deseo tomar un descanso pleno.

—Yo puedo...

—Regresa a tus aposentos y descansa, hoy ya me has ayudado demasiado.

Se despidió con un gesto de reverencia y salió de allí aún más desanimada, deseaba llorar, pero sus tímidas lágrimas se escondieron en lo más profundo de sus ojos.

— ¡Mi señora ¿Por qué tan triste?!

La voz de Nanferkaptah la sorprendió haciéndola sobresaltarse, luego giró para mirarlo.

—No estoy triste, es solo que me encuentro un poco cansada, la reunión de hoy se alargó un poco más de lo normal. ¿Por qué no has llegado?

—No me gustan ese tipo de reuniones, demasiado aburridas para mí.

—Ya veo. Como faraón no hubieras durado ni tres minutos.

Nanferkaptah le regaló una sonrisa y ambos continuaron caminando.

— ¿Qué decisión se ha tomado con respecto a Menfis?

—Merenptah estará a cargo y Jaemuset lo acompañará.

—Y ¿Qué sucederá conmigo?

—El faraón no dijo nada sobre ti, así que te quedarás aquí.

—Lo sabía. Mi hermano no me tiene en cuenta ni en lo más mínimo.

—No te preocupes hablaré con él, tal vez aún esté pensando en algo mejor para ti, porque eres un príncipe y mereces algo como tal.

—Pero yo deseo estar en otro lugar, un mejor ambiente. Habla con mi

hermano y dile que yo puedo ir a Tebas.

— ¿Tebas? —Tausert interrogó con gran interés —calla y no menciones de nuevo eso.

— ¿Qué tiene de malo?

—Su majestad está muy susceptible con ese tema, creerá que tus intenciones no son buenas y terminarás como un traidor más.

—Ha de ser muy grave la situación de Tebas —expresó pensando en sus propias palabras—. ¿Sabes algo que yo no sepa?

—Nada nuevo. Ya sabes que todo Egipto no está en una buena situación.

— ¿Por qué evades a mi pregunta? —preguntó obligándola a detenerse.

—Demasiados interrogatorios por hoy. Naneferkaptah sé que te interesa saber más, pero ahora no estoy para eso.

En ese momento Tausert sintió un leve mareo y luego su cuerpo desvanecer. Este la tomó fuertemente antes de que su cuerpo impactara contra el piso. Ambos se miraron por un instante hasta que ella perdió el conocimiento.

Al abrir los ojos se topó con el rostro de Seyma, ésta se alegró al verla despertar y corrió a buscar un poco de agua. Naneferkaptah tomó asiento en el borde de la cama, otorgándole una sonrisa de alivio y luego tomó su mano.

— ¿Qué ha sucedido? —Preguntó Tausert enfocada en el enlace de su mano con la de él.

—Mi señora no se preocupe, ya la han revisado y es normal que esto suceda —respondió Seyma extendiéndole el vaso con agua.

—Entiendo. He tenido tantas reuniones y me han dejado agotada.

—Es necesario que descanse y mantenga tranquilidad, cuidaré muy bien de usted así como lo hizo conmigo.

—No es necesario, voy a estar bien.

—Tausert. Debes hacerle caso a tu esclava —interrumpió Naneferkaptah atrayendo su atención —mi hermano entenderá que ya no puedes ayudarlo en sus asuntos.

—No estoy entendiendo absolutamente nada de lo que me dicen. ¿Se han vuelto locos? No es para tanto, y de ninguna forma dejaré a su majestad solo con todo esto que está pasando.

—Mi reina, los dioses la han bendecido y debe tomar mucho reposo.

Las palabras de Seyma resonaron en su cabeza y de inmediato un sentimiento de felicidad la tomó por completo, luego posó sus manos sobre su vientre. Finalmente los dioses decidieron poner fin a su mal y le han otorgado su sueño más anhelado.

—Mi señor —expresó Bay en un tono de voz muy bajo.

—He dicho que no deseo visitas —dijo Sethy acomodándose para recibirlo.

—Lo sé, pero ha llegado un mensaje por parte del virrey de Nubia expresando su arrepentimiento por extenderle la mano a un traidor y espera que en un futuro puedan dialogar al respecto.

—Ya sabía que pronto se daría cuenta de su error —expresó sin ningún rastro de sorpresa.

—También hay otro asunto. Dos hombres han llegado desde Tebas y dicen que es algo muy importante.

— ¿Quiénes?

—No lo sé majestad.

— ¡¿Así que dejan ingresar desconocidos a mi palacio?!

—Lo siento. Informaré de inmediato para que los saquen.

—Ya no es necesario. Déjalos ingresar y veamos por qué están aquí.

Bay asintió y al instante salió a buscarlos, después de unos minutos ingresó nuevamente a los aposentos. Los dos hombres que lo acompañan se dirigieron con total respeto inclinándose ante él.

Sethy no apartó su mirada, deseaba saber con ansias el motivo de aquella visita. Se dirigió hacia ellos atento a cualquier movimiento y luego de unos segundos de silencio, terminó aquel desesperante momento con su fuerte voz.

— ¿Quiénes son y por qué están aquí?

—Solo somos dos simples mensajeros de su majestad la reina Baktwerel —dice uno levantando su rostro.

Aquellas palabras hicieron tornar el rostro de Sethy de un color rojizo, se podía notar la gran ira que le había ocasionado, por eso aquel hombre decidió esconder su cara nuevamente.

— ¡¿Quién crees que eres para decir el nombre de esa traidora delante de mí?!

—Lo siento mi señor, no era mi intención hacerlo enfadar. Mi señora ha tomado conciencia de sus errores y jura lealtad absoluta hacia usted, por tal motivo le ha enviado un obsequio.

—Pueden regresar por donde vinieron y decirle que pronto aniquilaré a todos aquellos que han intentado rebelarse contra mí.

De repente aquellos ojos penetraron hasta lo más profundo de su alma, haciéndolo esclavo de ese dolor, un dolor inexplicable; esos ojos le transmitieron todo tipo de sentimientos, las palabras lo abandonaron, no podía quitar su mirada de aquellas cejas pobladas, su nariz y sus mejillas coloradas, sus labios gruesos, su largo cuello y nuevamente estaba allí, aquel raro sentimiento.

Capítulo 17

Pi-Ramsés.

— ¿Quién eres? —Interrogó Sethy aún con esa sensación extraña que invadía todo su cuerpo.

Esta se dirigió hacia él, luego se arrodilló e inclinó su cabeza hasta tocar el suelo.

—Su majestad, mi nombre es Sutailja, esclava de su hijo Amenmeses, luego de Baktwerel y ahora le pertenezco a usted. Acepte este humilde obsequio que le ha enviado mi señora.

—Esta mujer fue concubina del fallecido Amenmeses y en su vientre

lleva a un heredero de la dinastía —intervino uno de los mensajeros.

Eso sí que había sido una gran sorpresa para el faraón, quien retrocedió para tomar asiento. Su mente divagó en uno que otro pensamiento, atrapado nuevamente en el pasado.

— ¿Cómo puedo creerles? Porque si están tratando de engañarme y quizás todo esto sea una trampa, no podrían imaginar lo que haría con ustedes.

—Mi señor. Ninguno de nosotros sería capaz de mentirle y como prueba de ello tengo un mensaje para usted, uno que puede ahorrarle la abertura de una nueva brecha entre usted y Egipto —dijo ella poniéndose de pie, temerosa a que no pudieran funcionar sus intentos por sobrevivir.

—Y ¿Cuál es ese mensaje?

—Antes debe jurarme que perdonará mi vida y la de mi hijo.

—Así que de eso se trata. ¿Deseas que le perdone la vida al descendiente de aquel que osó traicionarme?

Aquellas palabras la hicieron estremecerse por completo, haciendo más viva su peor pesadilla, la ligera hoja de una espada pasando por su cuello o siendo rodeado este mismo por una gruesa soga. Divisar su muerte era algo de lo cual ya estaba acostumbrada y si aquello ocurría tenía el consuelo de que en la otra vida sería mucho más feliz que en ese instante.

—Su majestad, perdone mi atrevimiento, la decisión que usted tome será la correcta —hizo una pausa al ahogarse con su propia saliva, sin importar lo fuerte que era en su interior, su débil cuerpo la torturaba incansablemente—. El visir Jaemter se dirige hacia este lugar, con el único objetivo de ocupar su lugar en el trono.

Una carcajada hizo eco en todo el lugar. Sethy no podía retener aquella acción, tardando un poco en obtener compostura.

—Si fuera así ya lo hubiera hecho hace mucho.

—No lo subestime, puesto que él ha estado reuniendo hombres y muchos están de su lado, hasta los sacerdotes de Amón.

— ¿Cuántos hombres tiene a su disposición?

—No lo sé, pero eso no es todo, ellos atacarán por sorpresa y no directamente a la capital, pues su ejército marcha hacia Menfis.

—Voy a confiar en ti, creeré en todo lo que me has dicho y si todo esto llega a ser una trampa, primero sacaré al hijo del traidor de tus entrañas y luego de que se lo haya dado de alimento a una de mis mascotas, destrozaría tu cuello con mi hermosa espada y eso que sería una linda forma de morir a

comparación de otras opciones —expresó con total enfado, pero no de ella, aunque lo dijera de aquella forma, no lograría sostener la espada contra ella, quien le causaba una extraña compasión.

—Mi señor. ¿Qué piensa hacer al respecto? —Interroga Bay, quien había estado analizando con gran detenimiento cada palabra.

—Yo mismo iré a Menfis para terminar de una vez por todas con este traidor —expresó perdido aún entre aquellos ojos de Sutaílja, un desierto del cual no podía escapar.

—Me perdonará usted majestad, pero yo no estoy de acuerdo con eso. Sí, según como dice esta mujer el objetivo del traidor es la capital, no veo el por qué abandonarla. Puede estar mintiendo, puede que sea una trampa y ¿usted espera que esto suceda?

—No pretenderá que me quede de brazos cruzados esperando aquí sin hacer nada, porque seré yo mismo el que me encargue de él.

En ese instante sus palabras quedaron en el aire al girar hacia su derecha y contemplar a su hermana.

Merenese sonrojada se acercó lentamente hacia el faraón e inclinó su cabeza. La curiosidad no podía con ella, al estar más cerca no pudo evitar mirar a la extraña mujer, la cual se encontraba en un mal estado. Su mirada es apartada de Sutaílja y luego se encontraba frente a ella el rostro de su hermano, quien la sujetaba por el mentón.

— ¿Por qué no has solicitado tu presencia antes de ingresar?

—Mi señor, le ruego que me otorgue su perdón, he creído que no estaba ocupado. Yo solo estoy aquí para informarle que los príncipes se han marchado hacia Menfis.

— ¿Por qué no vinieron a verme antes de irse?

—No querían perder tiempo, ya sabe que la noche se acerca y estar por ahí sin la protección de los dioses puede ser muy malo. Espero agradables noticias de su llegada al palacio.

—Merenese ¿podrías llevar a mi invitada al harem?

Giró de nuevo su rostro hacia la mujer, tratando de descifrar el significado oculto detrás de aquellas palabras. Los pensamientos en su interior la trasladaron a un lugar en el que parece no transcurrir el tiempo y de tanto esforzarse por aclarar sus ideas parecía tener un indicio, brotando dentro de ella una perfecta satisfacción.

—Por supuesto —aceptó aquella propuesta sin pensarlo dos veces, la tomó delicadamente y se dirigió hacia la salida.

—Bay. Iremos a Menfis. Prepara a mis hombres, también los quiero a ellos dos —dijo apuntando a los mensajeros—, y avísale al general, quiero todo listo para salir de inmediato.

Él asintió y de inmediato abandonó los aposentos, no le agradaba el hecho de no ser escuchado, sabía que debía guardar compostura y obediencia.

Un poco de brisa que entraba en esos días al palacio era su compañía en aquellos pasillos donde solo desfilaban esclavas y uno que otro guardia. Intentó mantener la calma como lo había estado haciendo e ingresó al lugar donde se encontraba el general Hondo, éste platicaba como de costumbre con los hombres del palacio. Las risas se consumieron lentamente al sentirlo allí delante de ellos.

—Que grata sorpresa tener a nuestro amigo Bay con nosotros —expresó el general arrastrando un poco las palabras y luego hizo una reverencia ante él.

—Y que grato es hallarlos parlotando como si fueran concubinas del faraón, sin nada que hacer más que hablar de vestidos y hermosos príncipes para que las hagan sus cónyuges.

Un gesto de gran molestia se posó en la cara del general y los demás; un juego de miradas, como si de una lucha se tratara tomó protagonismo.

—Sí, es verdad; nosotros gozamos de nuestros grandes rangos mientras que otros sufren al no tener absolutamente nada. Parece que te conformas siendo única y exclusivamente el bufón de nuestro faraón.

Inmensa ira sintió Bay al escuchar esto, desenfundó su espada acercándose de forma muy rápida, rodeándole el cuello con ella. Los otros hombres empuñaron sus espadas, preparados para atacar, pero la risa repentina del general hizo calmar un poco la situación, contagiándolos a todos de esta misma.

—Moriré de risa con lo que te ocurrirá si pisas en falso —dijo bajando su espada—. El faraón ha solicitado tu presencia.

Sin más que decir, Bay salió y se perdió nuevamente entre los pasillos.

Merenese no podía quitarle su mirada a la mujer que tenía enfrente, ya no resistía los interrogantes en su cabeza, pero algo muy torpe le podría causar la ausencia de esta misma. No le gustaba para nada meterse en los

asuntos de su hermano, por la misma razón había abandonado el palacio, pero en esta ocasión no podía resistirse a quedar por fuera de todo lo que acontecía.

—Este es el harem, será tu lugar de ahora en más —expresó haciéndola ingresar mientras las miradas de las demás recaían sobre ella.

Sutailja lo observó todo con gran detenimiento, como si estuviera en otro mundo, aunque siempre lo había tenido cerca, parecía algo totalmente desconocido y maravilloso. Las estatuillas en oro dispersas en todo el lugar, Más allá podía divisar pequeñas salas con camas adornadas con hermosas sedas, las figuras en las paredes y todo lo que había allí causaba en ella algo indescriptible.

— ¿Qué has hecho para que mi hermano se interese en ti?

Ella tardó un momento en asimilar aquella pregunta, escondiendo la cabeza entre sus hombros con el temor de por medio.

—Ahora que lo veo, no pareces alguien proveniente de una buena familia. ¿Cómo es tu nombre?

—Soy Sutailja.

— ¡Que falta de modales, debes verme a los ojos cuando hablas conmigo! —Exclamó tomando su rostro.

—Lo siento yo...

— ¿De dónde has venido?

—Su majestad la reina Baktwerel me ha enviado como presente para el faraón. Vengo desde Tebas.

— ¿Baktwerel? Jamás había escuchado ese nombre ¿reina le llamaste?

—Sí. La segunda esposa del fallecido faraón Amenmeses.

— ¡Mi sobrino el traidor! —dijo totalmente sorprendida—. Así que ella te envió, pero lo que aún no me encaja es ¿Por qué? y ¿para qué?

—Me perdonará usted, pero es solo algo entre el faraón y yo —expresó tratando de terminar aquella incómoda conversación.

—Y yo soy su hermana, así que no me ocultes nada porque ahora mismo pudo mandar a que te pongan en uno de nuestros barcos y te entreguen a uno de los pueblos del mar, quizás eso sirva para que se distraigan por un largo periodo en ti y nos dejen en paz por una buena vez.

—El faraón no lo permitiría porque en mi vientre yace el heredero del imperio.

Merense se quedó aún sin poder entender, aquello la desesperó

intensamente. Con una de sus manos borró una gota de sudor que bajaba por su frente e intentando no asustar a Sutailja, se recompuso y suavizó un poco su genio.

— ¿A qué te refieres con heredero del imperio?

—Yo era concubina del faraón Amenmeses.

Una sonrisa se dibujó ante aquella respuesta, la cual no necesitaba de más explicación. Los dioses habían escuchado sus plegarias. El imperio no vería la caída de la dinastía, la cual sus antepasados se habían esmerado por sacar adelante.

Capítulo 18

Menfis.

La noche fue inundada por la oscuridad, la luna permanecía oculta entre las nubes, parecía que hubiera hecho un trato con la densa niebla para que tomara su lugar. El largo viaje había iniciado a interferir en la tranquilidad de Jaemuset, sus ojos se encontraban tan pesados que no sabía si podría mantenerlos abiertos por más tiempo. Observó a su hermano Merenptah, quien yacía durmiendo plácidamente en uno de sus hombros. Los esclavos que cargaban el palanquín cada vez eran más lentos ante el cansancio de sus piernas y de sus hombros.

Como un milagro de los dioses y sin esperarlo, se hallaron a la entrada a Menfis. El silencio mortal estremeció a Jaemuset. No se podía ver ni a un solo guardia, parecía como si todas las personas hubieran sido sacadas de allí. Luego de escasos minutos llegaron al palacio.

— ¡¿Quiénes son?! —Aquel interrogante retumbó en el lugar.

Jaemuset movió su hombro para hacer que su hermano despertara.

Este abrió sus ojos lentamente y lo observó intrigado; al notar que ya se encontraban en el palacio soltó un suspiro de alivio y sin pensarlo mucho saltó fuera del palanquín.

— ¡Hermano que esperas para entrar! —gritó éste totalmente emocionado

Una flecha cayó en el suelo cerca de Merenptah y luego de esta una lluvia de esa misma recayó sobre ellos. Los esclavos desesperados y sin ninguna protección iniciaron el escape dejando caer el palanquín, aunque muchos de ellos fueron alcanzados al instante, lo mismo que al joven príncipe, el cual gritaba de inmenso dolor, clamando la ayuda de Jaemuset. El acto duró unos minutos, y después de una pausa y de un momento de adrenalina, él decidió correr con todas sus fuerzas lejos de allí. Miró hacia todos lados, se hallaba desubicado, sus sentidos lo abandonaron por completo, su corazón se encontraba a punto de explotar. El eco de varios pasos a su alrededor lo aturdieron aún más y un dolor agudo recorrió toda su pierna inmovilizándolo al instante. Dirigió su mano en dirección al dolor y otra flecha se hundió en el interior de su piel, esta vez en el brazo, haciéndolo soltar un grito, el cual parecía tener la cura para su dolor. Una figura de un hombre muy corpulento se detuvo justo en frente de él y un fuerte golpe detrás de su cabeza lo llevó a la inconsciencia.

— ¡Finalmente hemos logrado someter a Menfis bajo nuestros pies!
—Expresó Jaemter observando el lugar de esquina a esquina.

Aquel palacio había sido testigo nuevamente de un nuevo derramamiento de sangre, algunos guardias y esclavos agonizaban en el suelo esperando a que su último aliento de vida escapara de aquella pesadilla.

Los hombres que acompañaban al visir se regocijaban ante el éxito del ataque. La entrada a la ciudad no fue tan difícil como lo esperaban y aunque Rashidi se había retirado con todos sus hombres, Jaemter logró obtener el apoyo de muchos más y así cruzar el gran desierto occidental.

— ¡Mis leales hombres, juntos iremos a Pi-Ramsés y le arrebataremos hasta el último aliento a Sethy!

Los gritos se hicieron más fuertes, el olor a gloria ingresaba por sus fosas nasales, recorriendo el interior de sus cuerpos provocándoles gran emoción.

Un leve temblor los obligó a detener tal alboroto, un repentino sonido se incorporó allí y se hizo mucho más fuerte. Todos asombrados corrieron a

rodear las afueras del palacio empuñando sus espadas. El sonido se hizo débil en cuestión de segundos, quedando expectantes ante cualquier movimiento.

La niebla fue cortada por incontables flechas con fuego en sus puntas, iniciando el ataque con gran éxito. Desde las sombras, soldados se aventaron hacia ellos, el choque de espadas fue imprescindible al igual que la sangre escapando de cada cuerpo, esparciéndose por todas partes, pero aún se mantenían fuertes ante ello.

—Debemos esperar a que la entrada esté casi despejada para que mi señor pueda ingresar —habló Bay ante el general.

Ellos estaban ocultos, un poco alejados de todo aquel caos el cual parecía no tener fin. Muchos otros se sumaban para defender el palacio y con el pasar de segundos cada hombre era atravesado por la feroz espada, arrebatando almas en un abrir y cerrar de ojos. Una última oportunidad estaba en juego, si esta no salía como lo planeado sería el fin que los llevaría directo hacia sus peores pesadillas.

Una flecha apuntada hacia la dirección correcta dio rienda suelta a la distracción perfecta. El fuego comenzó a expandirse en todo el suelo, obligando a cada quien a correr lejos de allí. Los caballos atravesaron las llamas a toda velocidad y los carros de batalla se acercaban al palacio.

Más flechas salían disparadas, aunque esta vez hacia ellos, penetrando en las entrañas de los caballos y otros soldados.

— ¡Protejan al faraón! —Gritó Bay cubriéndolo con un gran escudo.

El general Hondo y los demás salieron al ataque para despejar la zona, blandieron sus espadas con gran valentía. Parecía que tan solo todo aquello apenas iniciaba, ya que más hombres salieron del palacio, agotando sus fuerzas, disminuyendo el número de tropas. Los minutos que prosiguieron eran como si de una eternidad se tratara, sangre y dolor contemplaron sus ojos.

— ¡Alto!

Todo se detuvo al instante. En cuestión de segundos lo único que escuchaban eran sus respiraciones aceleradas, y el viento arremolinarse entre ellos. Cada mirada se dirigió hacia Jaemter.

— ¡Estos hombres han decidido atacarnos! ¡Pretendiendo derrotarnos! —Expresó mientras observaba la espada en su mano—. ¡Esto no es nada comparado con los que acampan a las afueras de Menfis! ¡Ríndanse ahora y juro que me acompañarán el día que esté sentado en el trono!

— ¡¿Cómo osas traicionar a nuestro señor, el único rey de Egipto?! —

Interrogó Bay.

— ¡El trono me pertenece!

— ¿Tú? ¿Un simple visir? No lo creo. ¡Ustedes hoy han firmado su sentencia de muerte al ingresar a Menfis y querer poner sus pies en la capital, pero su majestad es compasivo y misericordioso, recibirán su perdón, si a cambio nos entregan al traidor! —Habló a los soldados que acompañaban a Jaemter.

— ¡Mis hombres no creerán ninguna de tus palabras!

—Y ¿Las mías? —Aquella voz llena de calma se hizo presente.

—Mi señor no debió interferir.

Bay dirigió sus ojos hacia él con un grado de preocupación.

—Deseo hablar a solas con el traidor —dijo caminando hacia la entrada del palacio donde se encontraba Jaemter.

Ambos ingresaron y se dirigieron hacia una sala cercana. La luz era opaca, solo permanecían encendidos algunos cirios. Los dos se miraron analizándose el uno al otro. Los ojos de Jaemter penetraron hasta su interior, esculcando con brusquedad en lo más profundo de su ser.

— ¿Por qué has decidido traicionar al imperio?

—Eso es totalmente absurdo, mi lealtad es para el imperio.

— ¿Para el imperio? Yo soy el imperio, soy tu faraón y a mí debes tu lealtad.

—Mi lealtad es y será siempre para el gran Amenmeses, por él te derrocaré en este instante.

Al terminar, dos hombres salieron de entre las sombras, sosteniendo en cada mano una daga. Jaemter no pensó sentir la tremenda satisfacción que se apoderaba de su cuerpo, su rostro podía reflejarlo.

—Majestad. ¿Cuáles serán tus últimas palabras? —Expresó con cinismo.

—Tu final está cerca mi señor, el faraón Sethy, el único rey de Egipto, dios en la tierra, dios que no puede ser destruido ni derrotado.

Jaemter no logró entender aquellas palabras hasta que las grandes puertas de aquel lugar se abrieron de par en par, ingresando con la fuerza que lo caracterizaba, el único por el cual recorre la sangre de la dinastía.

—Tus hombres no han sido tan fuertes como lo esperaba —dijo Sethy contemplando finalmente la última gota en el fondo del vaso que se disponía a terminar con su vida y el cual le había causado tantos problemas.

Los dos hombres que acompañaban a Jaemter dieron un paso hacia

atrás, acobardados ante la presencia del faraón. Éste avanzó hacia él y al estar cara a cara lo observó con detenimiento de pies a cabeza.

— ¿Cuáles serán tus últimas palabras?

— ¡Imploro a los dioses para que tu muerte esté cercana, para que te ahogues entre la ira de Egipto y para que tu corazón sea devorado por Ammyt!

—Agradezco tus plegarias, pero no las necesito.

Aquellas palabras quedaron en medio de una gran sonrisa, luego dirigió su espada con gran fuerza hacia el cuello de él, llegando hasta su brazo la sangre ansiosa por ser liberada.

En segundos el cuerpo de Jaemter impactó contra el suelo, tiñéndolo de un rojo intenso. Sethy aún sostenía su espada en el aire y expulsó la gran presión de su pecho, pero algo faltaba para que su tranquilidad fuera completa. Salió a toda prisa acompañado por Bay y se adentró al interior, entre los pasillos.

— ¡Merenptah! ¡Jaemuaset! —Gritaba con todas sus fuerzas mientras buscaba atento con su mirada en cada rincón.

No había respuesta alguna ante su voz, solo el frío silencio, que celoso se apoderaba de cada espacio, cada pasillo, cada habitación y salones. Apresuró más su paso e ingresó a las celdas donde era el único lugar que le faltaba por revisar. Las lágrimas salieron disparadas de él al contemplarlo allí, débil, sin fuerzas, adornado por muchas flechas en su cuerpo. Aquel dolor agudo atravesó su corazón, el ver a su pequeño hermano de tal forma.

Se apresuró para ayudarlo, pudiendo notar que aún se encontraba con vida, decidido a sacar una por una las flechas de su cuerpo con ayuda de Bay.

— ¿Has visto a Jaemuaset? —Interrogó atento ante una respuesta positiva.

—Parece que escapó.

Las palabras de Bay eran casi inaudibles, llenas de nostalgia.

Al terminar de extraer hasta la última flecha, Sethy lo tomó entre sus brazos, saliendo de aquel lugar con muchos sentimientos en su interior, como flechas rompiendo su más profundo ser.

Afuera todos los soldados clamaban eufóricos ante aquella victoria, gritando su nombre al unísono. No podía negar lo bien que se sentía al ser libre de aquella opresión, todo lo que había provocado su único hijo.

Pi-Ramsés.

Todos en el palacio lo recibieron alegremente, habían permanecido atentos a su llegada desde el momento en que partió. Tausert corrió a su encuentro, abrazándolo como nunca antes lo había hecho. Delgadas lágrimas resbalan por su rostro, estas fueron borradas al instante por los gruesos dedos de Sethy.

— ¿Por qué no me avisaste que te irías?

—Tausert, mi diosa, mi hermosa reina. No he querido causar preocupación, tu esclava me ha hecho saber del estado en que te encuentras.

— ¿Ella te ha dicho?

—Eso me motivó aún más; los dioses están con nosotros.

Él tomó su rostro y luego depositó un beso sobre su frente; sus ojos giraron en dirección a los de su hermana, yendo hacia ella para tomarla entre sus brazos.

—No quiero que esto sea motivo de tristeza, pero Jaemuset ha escapado y aún no sabemos su paradero.

—Confío plenamente en que lo encontrarás y pronto estará de regreso con nosotros.

—Tenlo por seguro —susurró en su oído seguido de un beso en su mejilla, luego regresó hacia la multitud que esperaba las buenas nuevas con ansias.

— ¡Pueblo mío, ha sido exterminado hasta el último aliento de quienes han querido poner a Egipto contra mí!

El gozo rebosaba sobre cada uno de los allí presentes.

— ¡Juro ante ustedes y los dioses que Egipto se expandirá más allá de los pueblos del mar, juntos contemplaremos la salida de un nuevo sol!

Su nombre salía de cada boca, lo cual le provocó mucha más alegría y recordó aquellas sabias palabras. *“Un faraón digno del trono es aquel que con esfuerzo, siente como su pueblo y actúa como su pueblo, si el faraón se desprende completamente de este, ya no sería nadie en absoluto, solo sería un simple hombre”*

— ¡También los dioses han decidido otorgarnos su bendición, pronto mis sucesores cabalgarán con ustedes!

Tausert se dirigió hacia él, aunque aquellas palabras terminaron por confundirla. Pronto se alegró, razón tenía en decir aquello, pues ella le daría muchos sucesores de ahora en más. Se detuvo a su lado y observó a la multitud.

— ¡Mis dos esposas darán a luz fuertes príncipes!

Todos se encontraban confundidos ante tal afirmación y el peor miedo de Tausert se hizo realidad al ver acercarse esa extraña mujer, la cual nunca había visto.

¿Cómo puede ser eso posible? ¿Cuándo había ocurrido? Se preguntó en su interior sin apartar la mirada de ella.

TAUSERT

Mis pies cansados se alzan sobre el suelo, mis piernas parecen no obedecerme. He transitado por estos pasillos durante muchos años, pasillos que han contemplado todas mis emociones.

Con el pasar de los días el mal que habita tras ellos acechando entre

las sombras, se hace más fuerte; y ahora más que nunca se levantarán contra mí e intentará dañarme, intentará que mi sombra desaparezca de la faz de la tierra; yo soy consciente de ello. Por este pequeño ser que se forma dentro de mí es que caminaré decidida, con mis pies firmes y mi cabeza en alto. No temeré ante cualquier espada que apunte directo hacia mi rostro.

Yo seré la única mujer que habitará en la mente y el corazón del faraón, y nuestros príncipes reinarán en un Kemet prospero por largos días, porque soy la consorte real del dueño y señor de esta tierra, la cual los dioses le han ofrecido como muestra de su gratitud.

De ahora en más seré Tausert, la que no le teme a ser devorada por las fauces de Anubis, la que derrotará a todos y cada uno de los que intenten atacar. Seré su reina, hija de la diosa Mut, a la que nunca podrán doblegar.

AGRADECIMIENTOS

Agradesco a todos los que me han apoyado y en especial a mi madre la gran fan.

Contenido

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[TAUSERT](#)